

TESTIMONIOS DE MISIONEROS IBEROAMERICANOS

JESÚS LONDOÑO, *EDITOR*



MANUAL DE TESTIMONIOS MISIONEROS

Jesús Londoño, editor

Compilador: Jesuel Alves

2005 Primera Edición

Equipo Editorial: Mayra Urízar de Ramírez, Mireya Fayad

© COMIBAM *Internacional*
Departamento de Publicaciones
www.comibam.org

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas están tomadas de la versión Reina-Valera Revisión 1960.

© Sociedades Bíblicas Unidas

Prohibida su reproducción total o parcial.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

CONTENIDO

Presentación	7
Prólogo	11
1. Haciendo Discípulos en Nepal	15
2. Experiencias en la India	21
3. Aquí estoy, ¡Envíame a mí!	27
4. Nuestro trabajo con los uzbekos en Asia Central	35
5. Llamado para llevar su Palabra a los yukpa	41
6. Tai Lee	47
7. Llamado para servir	55
8. Ocho años entre los inmigrantes magrebíes	61
9. Llamados para alcanzar a los pigmeos baka	67
10. Traductores bíblicos en África	75
11. Entre los nómadas de Mongolia	79
12. Buenas Noticias para Guinea	87
13. ¿Por qué no vinieron antes?	95
14. Mi Testimonio	103
15. Trabajando con un grupo de creyentes en Santander	109
16. Nuestra experiencia con los konkomba	117

PRESENTACIÓN

Unidos hacia un nuevo Desafío:

III Congreso Misionero Iberoamericano “Resultados y desafíos entre los no alcanzados”

Cuando leí por primera vez la declaración que David Bosch hace en uno de sus libros y que dice: «*La misión no se reduce a la actividad de convertir a individuos en nuevas criaturas*», pensé seriamente en la necesidad que tenemos en el movimiento misionero iberoamericano de continuar entendiendo la obra misionera a la cual Dios nos ha llamado desde hace algunas décadas. Es para nosotros un sumo privilegio saber que ya contamos con años de experiencia de campo, que nos ayudan a completar la perspectiva de la misión y que nos hacen objetivamente más eficientes en la construcción del reino de Dios en otras tierras.

Es a partir de un análisis como este que es necesario avanzar en el peregrinaje de descubrir nuevas dimensiones en el desarrollo de la tarea misionera desde nuestras tierras. En la década de los años ochenta pudimos, por la gracia de Dios, entender los pasos que debíamos dar en cuanto a la movilización misionera y el arduo trabajo en el seno de las congregaciones locales. En los años noventa, pudimos vislumbrar que la tarea se centraba más en las áreas de selección, capacitación y envío de obreros. En estos años, estamos encontrando que los elementos del proceso misionero van todavía más allá, y que ahora los campos de misión y su desarrollo nos ofrecerán una luz prominente en el camino hacia la madurez en el trabajo de evangelización mundial.

Esta antología que usted tiene en sus manos como paso previo al III Congreso Misionero Iberoamericano, debe ser minuciosamente leída con el fin de poder extraer de ella el más profundo sentimiento de lo que en buena medida se está viviendo en los campos de misión, por aquellos que fueron colocados por Dios, y a través de sus iglesias en las líneas de avanzada. Estos hombres y mujeres que han vivido de cerca la experiencia de llevar el mensaje salvífico entre pueblos y naciones no alcanzadas, nos pueden ayudar a comprender los otros niveles de este proceso misionero.

En esta etapa previa al congreso, estamos enfocados en descubrir cómo han sido nuestras últimas décadas de experiencia en los campos de misión. Al hacer algunos acercamientos, nos damos cuenta de que existe una lista de hombres y mujeres que, como en los tiempos bíblicos, han desarrollado su misión a la manera de Cristo. Estos obreros han tenido que encarnar lo que realmente significa llevar el evangelio a otras culturas y, por ende, han tenido la oportunidad de poner a prueba todos y cada uno de los métodos propuestos para realizar la tarea, tendiendo ahora una experiencia invaluable para poder mejorar y crecer en el cumplimiento de la Gran Comisión.

No podemos olvidar que muchos de ellos se encuentran viviendo situaciones similares a las que se vivieron en los primeros cien años de la era cristiana, cuando se levantaron grandes persecuciones a través de hombres malvados como Nerón, Trajano o Plinio, y también en medio de un caos social, político y económico, como el de nuestros días. Tenemos mucho qué aprender y un camino todavía muy largo en la participación de la iglesia iberoamericana en la evangelización mundial.

¿Cómo es nuestra vocación? ¿Cuál es nuestro llamamiento y cómo lo debemos desarrollar? ¿Qué lecciones objetivas podemos tomar de estos modelos actuales de obreros iberoamericanos en el cumplimiento de su misión, que puedan y deban ser implementadas en nuestro proceso misionero de forma más contundente?

Recibamos con gozo y con alta expectativa lo que pioneros compatriotas nuestros tienen para contarnos, de esta historia que apenas comienza.

Lic. Jesús Londoño
Director Ejecutivo – COMIBAM Internacional

PRÓLOGO

Nuestra historia está en curso, está siendo escrita en sus primeros capítulos. Nos referimos a la historia del movimiento misionero iberoamericano, en su avanzada para alcanzar a los que nunca han escuchado acerca del Salvador y darles a conocer su nombre. Dios está trayendo este despertar e impulsando el movimiento. Su Espíritu está obrando en el corazón del pueblo iberoamericano, llegando a todos sus rincones; y desde los lugares menos pensados, este ejército está emergiendo. Los testimonios que usted está por leer son parte de este maravilloso mover. Hombres, mujeres, jóvenes y familias que han dado el primer paso al frente de la batalla, un paso que muchos de ustedes que leerán estas líneas darán en los próximos meses y años.

Hay algunos aspectos que debemos recordar, antes de adentrarnos en las historias incluidas en este manual. En primer lugar, la gente que protagoniza estas historias es gente real, normal, llamada por Dios en medio de circunstancias, contextos y diario vivir como el que muy posiblemente usted está viviendo ahora. En su mayoría, estos obreros no eran especialmente reconocidos ni desempeñaban labores extraordinarias dentro de sus comunidades antes de salir al campo. Más bien, era gente común, fiel y comprometida con su Señor y con sus congregaciones: profesionales, amas de casa, empleados de nivel medio, obreros o estudiantes. Si bien es cierto que su obediencia y entrega, su abnegación y valor los ha hecho ya héroes en los registros de la historia de la redención de los pueblos, también es cierto que son protagonistas de carne y hueso, con debilidades y fortalezas, con luchas y victorias, cumpliendo la inigualable labor de irradiar el mensaje de Jesús a pueblos de diferentes culturas y len-

guas, y aun así, enfrentando dificultades familiares y retos personales. Nosotros que hoy en día estamos en el campo de misión, vimos muchas veces a los héroes de libros de misiones como figuras dignas de admirar, pero imposibles de imitar en su «súper espiritualidad»; pero vale la pena mencionar, en este punto, que aparte de una capacitación adecuada que se debe recibir, lo más importante para cumplir el llamado al campo es ser parte de ese grupo de hijos de Dios, que renuncian a sus propios sueños y anhelos, para ver cumplidos los de Cristo Jesús.

En segundo lugar, la avanzada latina, como movimiento, está en la etapa de descubrir cómo este mover se establecerá en diferentes pueblos no alcanzados, y será efectivo derribando murallas y desmenuzando cerrojos de prisiones espirituales para ver a los pueblos siendo libertados por el poder del evangelio. Los latinos en el campo, en estos momentos, estamos abriendo caminos que antes no existían y tratando de encontrar las mejores estrategias para llegar a pueblos de diferente cultura, creencias y estilo de vida. Tenemos que adaptarnos y ser eficaces en el desarrollo de nuestro cometido. En muchos lugares y culturas ya el terreno está abonado por los pioneros que están esperando a los que vendrán a continuar con la obra, transitando esos caminos ahora existentes. El costo de la tarea es alto y los autores de los testimonios lo saben bien. Es por eso que Jesús sentó el precedente de que el precio a pagar es todo, para que los que nunca han escuchado de su amor tengan la oportunidad de hacerlo. Pero, al mismo tiempo, no debemos olvidar la promesa de nuestro comandante y jefe, que mientras obedecemos su mandato, Él estará con nosotros y esto lo cubre todo.

Esta avanzada no se detendrá. Está sucediendo en estos momentos, en muchos lugares de la tierra; y en los próximos años y décadas, el mundo no alcanzado será impactado por latinos de diferentes contextos y diferentes perfiles, pero con un mismo mensaje, ya que en últimas será el mensaje y no el mensajero el que transforme los pueblos.

Nuestra oración es que este manual, entre otras herramientas, te ayude a mirar el horizonte de lo que Dios está haciendo en las naciones y encontrar tu lugar en su mover, ya que de hecho tienes uno.

Si el anhelo de ver a Jesús exaltado entre los pueblos de la tierra y el sueño de ver esa multitud de todas las razas, tribus, pueblos y lenguas adorando su nombre es más grande en tu corazón que otras metas e ilusiones que podrías alcanzar en tu vida terrenal, entonces ven, manos a la obra.

*Martín y Connie Londoño
Sirviendo en el Sur del Asia*

1

HACIENDO DISCÍPULOS EN NEPAL

Nuestro primer paso hacia el campo misionero fue mucho antes de saber o siquiera pensar que algún día serviríamos en un país lejano al nuestro. En febrero de 1993 iniciamos nuestra escuela de entrenamiento misionero en Ciudad Juárez, México. De 1994 a 1997 servimos como personal y directores de dicho programa de entrenamiento durante un semestre del año, y haciendo viajes de corto plazo entre las etnias de México el otro semestre. Nuestras primeras experiencias transculturales fueron sirviendo a los tarahumaras de Chihuahua, los zapotecos de Oaxaca y los tepehuanos de Durango, viviendo entre ellos por varios días en cada viaje. Fueron años de ajustes y experiencias nuevas. Nuestra familia era estable y la relación con nuestra iglesia era buena, aunque un tanto distante. Durante este tiempo también empezamos a crecer en una visión global, ya que empezamos a orar por los no alcanzados dentro de la ventana 10/40 y nos involucramos en los movimientos de oración, «Orando por la Ventana», desde mediados de los años 90.

Nuestro llamado específico a Nepal vino de una manera gradual: En 1994 una amiga mexicana conoció a un nepalés y empezaron a tener comunicación, fue entonces que iniciamos a leer y a investigar más acerca de Nepal. En 1996 surgió un deseo de visitar Nepal y empezamos a hacer oración más enfocada por ese país. Ese mismo año, nuestra amiga se casó con el joven nepalés y de esa manera tuvimos un contacto directo con el país. En nuestros devocionales familiares orábamos por los no alcanzados, pero siempre pasá-

bamos más tiempo orando por Nepal y leyendo acerca del país. De ese modo empezamos a comunicarle a nuestra hija que algún día visitaríamos Nepal y que viviríamos allí por un tiempo. Poco a poco nuestra hija se iba haciendo a la idea de que iríamos a Nepal, hasta el punto que ella también comunicaba que le gustaría ir y vestirse como la gente de Nepal. En 1997 vino una muchacha de Nepal al entrenamiento para prospectos misioneros que dirigíamos, y aprendimos un poco más de la cultura y del idioma. De esa manera se estableció un contacto más. En ese año sentimos que Dios nos llamaba no sólo a visitar Nepal, sino a vivir allí por un tiempo. Fue así que nos abrimos a la posibilidad de hacer un compromiso de corto plazo para estar en Nepal por dos años, y empezamos a comunicarlo a nuestros líderes, amigos y familiares.

Sabiendo que era algo que estaba en el corazón de Dios, comenzamos a dar los pasos prácticos para ir a Nepal, delegando nuestras responsabilidades ministeriales a otros y haciendo planes para regresar a nuestra iglesia local y cooperar por un tiempo. En el verano de 1998, llegamos a nuestra iglesia; ésta había crecido y aunque la visitábamos cada año, mucha gente no nos conocía. Durante año y medio cooperamos allí, impulsando la visión misionera global y a la vez trabajamos en una escuela y en una oficina de negocios para reunir las suficientes finanzas para los boletos de avión. Durante ese mismo tiempo, iniciamos relaciones para levantar una mejor base de oración y apoyo económico, visitando algunas iglesias y compartiendo nuestra visión con amigos y familiares.

En Abril del año 2000 llegamos por primera vez a Nepal. Desde que llegamos al aeropuerto, toda la gente nos hablaba en el idioma local, creyendo que éramos Nepaleses. A la salida del aeropuerto, fuimos recibidos por nuestro contacto y futura compañera de trabajo, quien nos ayudó a conseguir un taxi para ir a la casa donde nos quedaríamos. Desde el primer día iniciaron los ajustes culturales: no había papel de baño para usar, no todos entendían inglés y no había cubiertos para comer. Uno de los principales ajustes para nues-

tra familia fue la comida, las diferentes especies e ingredientes usados para prepararla, y por consiguiente, su sabor era totalmente nuevo para nosotros. Mi esposa e hija estuvieron comiendo pan y fruta por una semana. Lo que animó a Beremaya, nuestra hija mayor, a comer fue la novedad de usar la mano en vez de tenedor o cuchara.

La ciudad en sí nos parecía diferente, pero nos recordaba el aspecto de varios pueblos y ciudades de nuestro país natal cuando éramos niños; lo moderno y lo antiguo, lo urbano y lo rural se mezclaban. En las calles, autos y animales (vacas y cerdos); calles con pavimento y sin él, gente que vestía ropa «normal» y gente con vestidos típicos. En las casas había algunos aparatos eléctricos, pero no muebles para sentarse.

Para nuestra hija, el mayor choque cultural fue la costumbre que los locales tienen de reírse cuando alguien se cae o se golpea. En el verano normalmente llueve mucho, es la época del monzón, y las calles son muy resbalosas, especialmente las no pavimentadas; por lo que nuestra hija se caía seguido y todos a su alrededor se reían. También, para ella era muy incómodo el hecho de que los locales se molestaban con ella cuando no les respondía en el idioma local, ya que creían que era nativa del lugar. Llegó a un punto en el que ella no quería salir de casa.

Para mi esposa, Kabita, lo más difícil fue el estar lejos de sus amigos y familiares. En cuanto a los ajustes locales, lo más difícil para ella fue el hecho de que las personas trataran de sacar ventaja de nosotros por no hablar el idioma local. Los vendedores, taxistas y prestadores de servicios trataban de cobrarnos más de lo justo. El hecho de pensar que habíamos venido a este país para ayudar y bendecir a su gente, negándonos de ciertas cosas y derechos, y esa misma gente trataba de aprovecharse de nosotros, era muy difícil para ella.

Para mí, lo más difícil fue el hecho de no poder hablar el idioma para expresarme con claridad y para enseñar. Durante el primer año, el ver el nacionalismo de muchos de mis compañeros de trabajo del lugar, y su tendencia a recalcar las debilidades de las culturas extranjeras, sin poder dialogar y razonar con ellos por la falta del idioma, me trajo muchas frustraciones.

Tenemos cinco años sirviendo en esta área y varias experiencias muy impactantes. La primera está relacionada con los primeros festivales hinduistas que presenciamos, específicamente durante el festival de la vaca, donde presenciamos a personas «bendecirse», rociando orina de vaca sobre ellos, e incluso bebiéndola. Una cosa es escuchar acerca de lo que se hace en estos países y otra el presenciarla.

Hablando de experiencias en nuestro servicio, una de ellas sucedió en una aldea en el oeste del país. Habíamos ido a predicar a una pequeña iglesia local. Al terminar la reunión, los aldeanos habían traído a un hombre endemoniado. Lo traían atado de pies y manos con lazos y lo estiraban con otro lazo atado a su cuello. Lo trajeron a nosotros diciendo que se había vuelto loco y nadie había podido ayudarlo. Tratamos al hombre con la dignidad de todo ser humano, pedimos que lo desataran y le ofrecimos agua, la cual tomó con gusto. Empezamos a ministrarlo, hablando y orando con él, mientras los aldeanos miraban asombrados. Descubrimos que él había llegado a ese estado tras el abandono por parte de su mujer, le hablamos de la necesidad de perdonar a su esposa y le explicamos acerca del perdón del Dios Creador a través del sacrificio de Cristo. Finalmente, el hombre se alejó caminando por sí mismo, habiendo decidido no perdonar a su esposa y no recibir el perdón de Dios, sin embargo, pudimos dar testimonio de la verdad y del amor del Señor a la aldea.

Durante la fase práctica del primer entrenamiento que dirigimos en el año 2001, viajamos con los estudiantes a la frontera entre Bután y Bengal Occidental. Al regresar descubrimos que varios de los estudiantes habían contraído malaria (paludismo). Entre ellos

estaba Lasum Lhomi, una joven de raza tibetana quien luego murió. Esto fue muy difícil para todos y también lo fue el tener que comunicarlo a su familia que no era creyente en aquel tiempo.

En otra ocasión, en un viaje de evangelismo y reconocimiento en la frontera con Tibet, tuvimos la oportunidad de compartir el evangelio con los Lamas (Maestros Budistas) de varias aldeas y tomar té con ellos. Este viaje fue hecho durante el primer cese de fuego entre la guerrilla maoísta y el ejército.

Las batallas espirituales más fuertes han tenido que ver con la soledad. El primer año y medio fue muy difícil, especialmente para mi esposa que deseaba tener otro bebé y tuvo dos abortos espontáneos. Ella se sentía muy sola e incomprendida, y en medio de esta situación, su madre murió de cáncer. Aquí cabe mencionar que Dios nos permitió tener nuestra segunda hija, Sarita, en diciembre del año 2001. Ahora nos damos cuenta de que en el ambiente del país impera la soledad y éste es un pensamiento contra el cual luchar.

El temor también ha sido algo con lo cual nos hemos enfrentado. Por varios meses, nuestra hija mayor no quiso dormir sola en su cuarto, porque decía que no quería morir separada de nosotros si los maoístas bombardeaban nuestra casa (en ese tiempo había bombazos ocasionales cerca de nuestra casa). Hace poco más de un año, un compañero de trabajo nuestro murió en una emboscada de la guerrilla y eso trajo mucho temor a viajar, especialmente en mi esposa. Sabemos que hemos venido para cumplir un trabajo que involucra viajar y también sabemos que debemos ser sabios y sensibles a la voz de Dios para saber cuándo movernos y cuándo no.

Nuestro trabajo en Nepal es principalmente en el área de discipulado, aunque siempre estamos alertas para evangelizar. La iglesia está creciendo a pasos agigantados, pero una de las necesidades más grandes es un discipulado integral, para que a su vez los nepaleses creyentes puedan discipular su nación. Nuestro deseo es ver

a la iglesia madurar y conscientemente influenciar todas las áreas de la sociedad con principios bíblicos. Para ello, estamos trabajando en varios proyectos de entrenamiento para influenciar a los intelectuales del país; uno de los cuales ya iniciamos es la escuela de discipulado para jóvenes universitarios. Hasta ahora hemos podido entrenar a cuarenta y nueve creyentes (solteros y parejas), quienes están trabajando en varios equipos de plantación de iglesias entre diferentes etnias y otros ministerios. En los viajes de la fase práctica del entrenamiento, hemos visto cientos de profesiones de fe y hemos ayudado al establecimiento de diferentes ministerios. Hemos establecido relaciones fuertes con iglesias locales, dentro y fuera de la ciudad donde vivimos, teniendo así la oportunidad de apoyarlos e influenciarlos. Por nuestro testimonio, siete personas han decidido seguir a Jesús y se están congregando en iglesias locales. Hemos dado enseñanza, consejo y ánimo a varios de los plantadores de iglesias.

Nuestras mayores frustraciones son las dificultades para obtener visa para permanecer en el país. Uno de los fracasos que hemos tenido en el trabajo de discipulado a los que trabajan con nosotros, es que no hemos podido levantar un grupo fuerte para que continúen haciendo el trabajo solos. Aunado a eso, están los continuos desafíos financieros para cubrir nuestros viajes.

2

EXPERIENCIAS EN INDIA

Me llamo Karuna L. (pseudónimo de origen hindi que significa «misericordia»). Tengo cuarenta y tres años, y soy una psicóloga salvadoreña.

Crecí en una familia adoptiva de trasfondo cristiano nominal, pero mi abuela siempre me compartió del evangelio. Cuando era adolescente, había una guerra civil en mi país y me sentía inclinada hacia la lucha social. Entonces buscaba el significado de mi existencia y fue así como conocí a Jesús y le entregué mi vida a los dieciocho años. Desde el principio estuve involucrada en mi iglesia, en el discipulado de jóvenes y en la movilización misionera.

Mi llamado fue a través de un sueño, en el cual la voz de Dios me llamaba por mi nombre; yo respondí que estaba muy cansada, físicamente, pero Él me dijo: «no digas que estás cansada porque es mi espíritu quien te habla y te da las fuerzas». De inmediato me postré de rodillas, y me dijo: «Porque los tiempos y las naciones son mías, he aquí yo te envío a las naciones». Su voz era tan impresionante que no podía resistir. Respondí llorando, sin comprender lo que me decía. Al contarle a mi abuela, ella interpretó y me dijo que Dios me estaba llamando a las misiones.

El rumbo de mi vida había cambiado, en mi corazón ahora existía el deseo de ir al campo misionero. Yo quería ir al campo des-

de cuando tenía veinte años, pero Dios me hizo pasar por una escuela antes de salir. En un lapso de cinco años, perdí a mis padres biológicos y a mi padre adoptivo. Mis responsabilidades familiares aumentaron, pues había que educar a mis hermanos.

Decidí esperar el momento de Dios y mientras tanto, servía en la iglesia y trabajaba también como psicóloga. En el año 1995, mis hermanos ya eran independientes. Fue entonces cuando le dije al Señor, como otras tantas veces: «Heme aquí, envíame a mí». Mi llamado por India estaba desde el año 1987, cuando asistí a la conferencia de COMIBAM en Brasil. En 1996 renuncié a mi trabajo secular y comencé a prepararme para salir.

Como movilizadora estuve involucrada con la red «Adopte un Pueblo», así mismo, estuve colaborando con el curso de «Perspectivas» en mi país. Tuve que esperar dieciocho años para salir, desde que tuve el llamado. Estuve orando por India durante once años antes de salir; sin embargo, mi trabajo de discipulado con jóvenes y movilización de misiones ayudó mucho a mi formación de carácter y experiencia con Dios.

En cuanto a mi iglesia, mi pastor es alguien que siempre ha impulsado la intercesión por los no alcanzados; eso contribuyó a que me apoyaran al momento de mi envío. Algo importante que aprendí es que si tenemos llamado al campo, debemos preparar a otros en nuestras iglesias para que ellos continúen el trabajo de movilización.

A través de los años, sigo haciendo ajustes con el objetivo de adaptarme a esta cultura. Siempre hay cosas nuevas; en este país hay diversidad de culturas. Al principio tenía más situaciones de choque como el tráfico, la suciedad, la gente adorando vacas en la calle, etc. Después de algún tiempo me acostumbré. Con respecto a las vacas, me causa dolor ver la ignorancia de la gente. Hay otras cosas que me siguen impactando de igual forma, como lo es el maltrato físico a los niños y a las mujeres, el aborto en las niñas que en algu-

nas comunidades se ve como «normal». Al sentir el choque, me acuerdo de que por esa razón estoy acá, para enseñarle a la gente acerca de un nuevo estilo de vida, conforme a los valores que nos enseña la Biblia.

El hecho de venir a este país como mujer soltera también me ha causado dificultades en esta cultura. A las muchachas las casan entre los catorce y veintitrés años. Para viajar, las mujeres generalmente lo hacen acompañadas de sus esposos; y cuando se trata de hacer trámites en oficinas o buscar a un electricista o un plomero, por ejemplo, generalmente lo hacen los hombres. Entonces, para ellos, si yo hago dichas actividades sola, me harán esperar más tiempo por el hecho de ser mujer.

En cuanto al lenguaje, me tomó algún tiempo adaptarme. En la ciudad donde vivo se hablan tres lenguas: inglés, marathi e hindi. Actualmente hablo inglés con los compañeros de trabajo e hindi con la gente del PNA, con quienes trabajamos.

He trabajado en India cinco años y medio, básicamente involucrada en dos áreas: plantación de iglesias y entrenando a obreros latinos e indios. Estas tareas se relacionan entre sí. Tenemos como prioridad aplicar métodos contextualizados.

En el área de plantación, trabajo con un equipo local entre los maratis de Maharashtra. La comunidad está integrada por hindúes y musulmanes. Tenemos programas de desarrollo comunitario y estudios bíblicos, y mi trabajo se enfoca hacia mujeres y niños. Tenemos programas de inglés, alfabetización y consejería. Este ha sido un trabajo pionero que hemos realizado durante cuatro años. El Señor nos ha dado gracia ante el líder de la comunidad para hacer el trabajo y estamos capacitando a nuevos creyentes de la comunidad, para que hagan el trabajo de multiplicación.

Cada año damos entrenamiento a obreros de diferentes continentes (la mayoría son latinos e indios). Ellos tienen el compromiso

de trabajar acá por dos años o más; los entrenamos para que inicien trabajos pioneros entre hindúes y musulmanes en el norte de India. El entrenamiento dura tres meses y tenemos un promedio de quince estudiantes por año. Ahora ya contamos con obreros que están trabajando en diferentes equipos .

Tenemos varias proyecciones. En el área de entrenamiento, facilitar el mismo a los latinos que vienen a la India por dos años o más, servirles de puente en el sentido de recibirlos, capacitarlos y ubicarlos en diferentes equipos plantadores de iglesias. También, recibir estudiantes latinos de otras agencias misioneras como un esfuerzo de cooperación.

En el trabajo de plantación, reclutar más obreros locales, formar una ONG con un rol viable en la comunidad, y que más creyentes locales sean entrenados para la multiplicación.

Para el año 2007, tengo planes de mudarme al norte de India para iniciar un proyecto pionero de plantación de iglesias en un PNA de Luknow. Estamos orando para integrar un equipo en esa ciudad. Mi deseo de ir al norte de India ha estado aun desde antes de venir acá, pero el Señor me ha tenido en la ciudad donde actualmente resido. Ha sido una buena experiencia y un buen lugar para ganar experiencia y desarrollar la capacitación para los latinos también. Deseo en mi corazón seguir ayudando a los latinos para introducirlos a esta cultura y orientarlos para hacer el trabajo. Eso les ayudará a tener una introducción más adecuada.

Estoy orando también para obtener una visa de negocios dentro de un año. Con esto podré tener un rol más viable y menos presiones. La situación de la visa crea incertidumbre, porque si no es de negocios o de estudiante, entonces el gobierno está en la libertad de no extenderla más, y uno tiene que regresar a su país.

Entre las experiencias más impactantes tengo la historia de Sunita. Cuando la conocimos estaba abandonada, la tenían fuera de

una choza y estaba semidesnuda; un sari la cubría por detrás y su piel estaba llena de llagas debido a las múltiples quemaduras que le ocasionó el esposo al rociarle gasolina, quien luego huyó y le quitó los hijos. Sunita tenía un año de estar en esas condiciones y nadie la auxiliaba. Logramos ingresarla al hospital y allí le hicieron injertos en la piel, hasta que sus quemaduras fueron sanadas. Posteriormente, ella conoció al Señor y le entregó su vida; después consiguió trabajo como doméstica, y su vida fue restaurada. Dios nos abrió puertas en la comunidad a través del testimonio de Sunita.

También, tenemos una compañera en el equipo que fue rechazada por su familia cuando se enteraron que tenía sida. Ella había sido infectada por el esposo y a pesar de que adquirió la enfermedad hace varios años, tiene buena salud. Creemos que el Señor hizo un milagro en ella. Lo impactante de ella es su entrega al Señor y su fidelidad para con su esposo y demás familia; además, trabaja atendiendo a personas con sida y discipula a mujeres en la comunidad.

Tenemos varias batallas espirituales. Entre ellas, recuerdo una vez que fuimos denunciados, pero nos enteramos por medio de un pastor y nos cambiamos de lugar de inmediato. Con la gracia de Dios, no nos pasó nada. De hecho, estamos en riesgo de persecución y a veces los temores son fuertes, pero Dios me recuerda que siempre está conmigo y que nada sucederá fuera de su voluntad. El ambiente espiritual de la comunidad donde trabajo es fuerte, adoran muchos dioses y hay mucha violencia familiar, alcoholismo, brujería, etc.

El enemigo pone desánimo cuando la tarea se vuelve pesada y tenemos que esperar para ver los frutos. Estoy aprendiendo que mi tarea es sembrar la semilla y dejamos los resultados al Señor. Cuando estoy desanimada, Dios habla a mi corazón a través de diferentes circunstancias y renueva mis fuerzas. Algo que nos afecta también es la falta de obreros. En el equipo somos cinco y no logramos cubrir las demandas de la gente que hay que atender. Jesús dijo: «Rogad

pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies» (Mat. 9:38). Esa es nuestra oración.

Para terminar, agradezco una vez más al Señor por darme el privilegio de sembrar su Palabra entre los que nunca la han oído. En este contexto estoy aprendiendo a conocerlo más a Él. Si al leer este testimonio el Señor lo desafía a ir al campo o apoyar obreros en el campo, no lo dude. Usted estará siendo partícipe de la tarea más linda de todos los tiempos: anunciar el Reino de Dios y su justicia. El Señor ha prometido que estará con nosotros, todos los días, hasta el fin del mundo.

3

AQUÍ ESTOY, ¡ENVÍAME A MÍ!

Crecí en una familia que fue católica durante toda mi niñez. A los dieciséis años acepté a Cristo como mi Salvador personal. Soy de provincia, pero a los diecisiete años viajé a Lima y después me enteré que mis padres habían aceptado a Cristo en sus vidas.

Viví en Lima muchos años, trabajando y estudiando. Me congregué en la Iglesia Alianza Cristiana y Misionera, donde comencé a prepararme en los cursos de bautismo. Después de bautizarme, comenzó mi ministerio con los niños y también me preparé en la Academia Bíblica, donde sentí el llamado de forma más fuerte para servir a Dios.

Durante todo el tiempo que permanecí en Lima, asistí a la Iglesia Alianza Cristiana y Misionera. Dios usó mucho al pastor titular de la iglesia para ayudarme a abrir la visión misionera, de ir por los que nunca han escuchado la Palabra de Dios. Él usó su Palabra para llamarme a la obra misionera, «Entonces oí una voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros? Y respondí: —Aquí estoy, ¡envíame a mí!»

Dios usó este pasaje bíblico para que nunca me quedara tranquila. En el año de 1990 viajé a mi pueblo para acompañar a mi madre porque estaba sola. Es allí donde Dios me puso más carga en el corazón y comencé a trabajar con la iglesia Bautista. Mientras el

tiempo pasaba, el llamado de Dios era más fuerte. Viajé a Lima y busqué consejería de mi pastor. Él, muy sabiamente, me dijo que me preparara en un seminario bíblico. Esto me pareció demasiado tiempo, pero luego decidí obedecerlo y me preparé en el seminario por cinco años, en el programa de seminario a distancia.

Mi deseo por estar en la obra misionera crecía cada día. Había un dolor profundo en mi corazón por aquellas almas que pasan a la eternidad sin Cristo. En el año de 1996 comenzó mi trabajo con la Asociación Segadores, una asociación misionera que trabaja de forma interdenominacional. Capacita misioneros para pueblos no alcanzados y promueve la visión bíblica misionera. Segadores es un canal de bendición para mi vida para poder llegar a los pueblos menos evangelizados de la selva del Perú. Al inicio de mi ministerio con la institución, no podía salir al campo porque tenía la columna muy enferma. Años atrás me caí de un caballo, y de esta forma quedé mal de salud. Un día oré a Dios y le dije: «Te voy a servir en la obra misionera, con salud o sin salud». Desde ese momento, Dios abrió las puertas para viajar a las comunidades nativas yaneshas y asháninkas.

Durante este proceso tuve que pasar por varias experiencias nuevas para mí como estas:

- Comer caracoles de tierra con vísceras e insectos semi crudos (chicharras), y tomar el masato de yuca fermentada (he visto cuando lo elaboran masticando la yuca, y echando agua del río).
- Dormir en tablas desniveladas y duras.
- Caminar largos kilómetros a pie.
- Dormir en una habitación sin puertas y sin ventanas.
- Hacer el aseo personal a la vista de todos.
- Aprender un idioma que no es fácil.
- Usar las vestimentas típicas.
- Comprender que la limpieza en la comunidad es de las mujeres, ya que ellas se dedican a limpiar los desmontes

que crecen en el pueblo, arriesgándose a encontrarse con animales peligrosos como la serpiente, y escorpiones.

Cierto día llevé el globo terráqueo a una comunidad asháninka y les dije: «Vamos a orar por misiones», y una mujer me dijo: «Yo no sé orar» (ella asistía ya a una iglesia asháninka). Creo que todos estaban igual que ella.

Enseñar el evangelio en español era un choque transcultural, porque no entienden los términos espirituales y tampoco comprenden bien el español

Las enfermedades no son solamente por la falta de higiene y el descuido de la alimentación, sino que son por los espíritus que rodean a la comunidad.

Para ellos, la planta de yuca es algo valioso. Un día, sin saberlo, rompí una rama de yuca. Para los niños fue una ofensa y a todos les contaban, acusándome de haberlo roto.

Las mujeres no son respetadas, ya que los hombres son machistas y no les dan valor a sus mujeres. Las niñas menores de edad (de nueve a catorce años), son casadas con hombres adultos. Los padres escogen a los esposos para sus hijas. Realmente, es triste ver cómo desde muy jóvenes tienen hijos y hacen las labores de mujer.

He estado laborando para la obra del Señor, visitando frecuentemente a la comunidad nativa asháninka desde hace cinco años. Cada vez que estoy a lado de ellos es un gran desafío, pues la cultura es muy diferente y hay gran necesidad de llevar el evangelio en su propia lengua.

Los niños no son valorados. Tienen falta de amor y cariño por parte de sus propios padres, quienes creen que los niños hacen brujerías a las personas.

Una mujer de la comunidad se enfermó de hemorragia y fue a consultar a la curandera para saber qué es lo que tenía en su cuerpo. Le hicieron baños de vapor con varias hierbas (plantas medicinales). La curandera tuvo un sueño que le indicaba que un niño llamado Roger tenía poderes para hacer la brujería; entonces comenzaron los castigos físicos y emocionales para el niño, pensando que así le iban a quitar los poderes de brujería que tenía sobre la mujer enferma. Al niño lo botaron de la comunidad y dormía en el monte, expuesto a peligros.

Cuando nos enteramos de esto, reunimos a los creyentes para advertirles que lo que le estaban haciendo al niño no era bueno ante los ojos de Dios. Pensamos que ellos nos habían entendido, pero los creyentes se molestaron con nosotros. Después de un tiempo, nos enteramos que se habían quejado con el jefe de la comunidad, diciendo que nosotros les estábamos prohibiendo que fueran al curandero, y nos iban a prohibir la entrada a su comunidad. Cuando nosotros nos enteramos, pedimos perdón a la comunidad por intervenir en su cultura sin saber cómo era, y les pedimos permiso para poder vivir dentro de ellos. Nuestro objetivo es aprender el idioma y así poder hablarles de la palabra.

Es hermoso estar rodeado de las personas, transmitiendo el amor verdadero de Dios por medio de gestos, aún sin entender su idioma. En mi corazón hay un despertar muy fuerte para invitar a las personas a que se involucren en la Gran Comisión antes de la venida de Cristo; porque hay tribus sin la presencia de un misionero que los guíe hacia la salvación. Muchas personas van a la condenación porque nunca han oído que hay un camino hacia el Padre Celestial. Están desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor (Mateo 9:36).

Los nativos se alegran con nuestra presencia, pues saben que les llevamos un mensaje de amor y esperanza. Los niños nos ven como sus amigos.

Al comienzo del ministerio, sentimos fuertes desánimos y pensábamos: «¿Qué estamos haciendo en esta tribu? Esta gente no sabe nada», y muchas veces sentíamos dolores de cabeza. En las noches, nuestros sueños no eran agradables, se sentía la presencia del enemigo. Hemos podido superar esta área por medio de la oración en equipo.

La creencia de los nativos está basada en espíritus malignos; para ellos existe la brujería en todo aspecto. Ellos creen que el brujo tiene un espíritu malo y que el curandero tiene un espíritu bueno. También creen que el canto de las aves anuncia lo malo. Se duermen temprano por temor a los espíritus (Tunche) que salen del cementerio, pues piensan que les pueden hacer daño.

Hemos tenido que enfrentarnos con animales peligrosos como serpientes venenosas, que aparecen cuando menos lo imaginamos. Satanás ha tomado la mente de las personas y sólo el poder de Dios y su Espíritu Santo pueden liberarlos de esas ataduras espirituales.

Dentro de la comunidad nativa asháninka, los habitantes son refugiados y hay niños huérfanos y viudas, como resultado de la violencia social.

Cuando llegamos a esta comunidad, ellos vivían entre el monte y no tenían agua potable ni alimentos para darles una buena alimentación a sus niños. Encontramos niños desnutridos y con diversas enfermedades, no tenían cambio de ropa y, sobre todo, tenían una baja autoestima. Su rostro reflejaba tristeza y dolor por sus experiencias vividas. Esto me motivó a buscar la voluntad de Dios, dejando que Él obre para ayudarlos a salir de esta situación.

Organizamos una campaña médica en esta comunidad, con profesionales de salud y donación de ropa usada como frazadas, mantas, y prendas gruesas. Una de las necesidades más urgentes era el agua potable, ya que ellos sólo se proveían de aguas estancadas que contribuían a la propagación de diferentes enfermedades e infecciones intestinales. En la actualidad, ellos gozan de una pileta que les brinda el agua potable.

Tenemos un comedor para niños, madres de lactantes y las gestantes. Damos desayuno tres veces por semana, gracias a la provisión de nuestro Dios amado. También hemos podido establecer amistad más estrecha con los de la comunidad, esto nos favoreció para entender su cosmovisión y para hacer un trabajo integral en medio de ellos.

Paralelamente a estos trabajos, estoy dirigiendo el programa de entrenamiento misionero para niños y adolescentes (hijos de misioneros y obreros nativos), que hemos denominado ETAE JUNIOR. Esto ha ayudado a nuestros niños a identificarse con el trabajo de sus padres y a captar la visión misionera si en el futuro Dios los llama para que vayan a los no alcanzados del mundo.

Actualmente, algunos de estos niños están dirigiendo células con otros niños nativos, enseñándoles la Palabra de Dios en su idioma, con el método cronológico de la Biblia.

Formo parte del equipo de Plantación de iglesia en la Comunidad Nativa de San Fausto (*ashéninca*), enseñando trabajos como corte y confección para que elaboren su propia ropa, lo cual nos acerca más a ellos, y por su parte, ellos aceptan nuestra amistad.

Nuestras expectativas son:

- Enseñar la Palabra de Dios con el método cronológico de la Biblia.
- Plantar una iglesia cristiana autóctona para ver el crecimiento de verdaderos seguidores de Cristo, capaces de enseñar a otros.

Entre nuestros frutos podemos mencionar:

- Los hermanos refugiados han cambiado su forma de vida, son más sociables y confiables, son guiados por un comunero a quien respetan como autoridad puesta por Dios.
- Ahora viven honradamente entre ellos y son ejemplo para otras comunidades, pues dejan ver su unión de compañerismo al hacer sus labores y son de buen testimonio para los demás. Nos brindan su protección y nos reciben con un cariño fraterno.
- Algunos de los niños y adolescentes que se han capacitado están enseñando la Palabra de Dios en su propio idioma a otros niños.

Mi deseo es de ir y vivir en una comunidad nativa no alcanzada por el evangelio, aprendiendo su cultura y su idioma, para poderles hablar de la maravillosa obra de Cristo en la cruz y levantar una iglesia autóctona en la comunidad.

Quiero seguir preparándome en estimulación temprana del niño de cero a cinco años. Creo que este trabajo ayudaría a la comunidad a valorar a sus niños y a que los niños tengan una educación. Con la educación lograremos el cambio para un futuro prometedor.

También quiero tener preparación de la Cruz Roja Internacional en Primeros Auxilios para ayudar a las personas que necesitan mi servicio.

Mi mayor frustración es que no hay personas comprometidas para trabajar entre las comunidades nativas. Mi oración es que el Señor envíe obreros a su mies. Hay muy pocas personas comprometidas para respaldar con sus oraciones a los misioneros que están en el campo.

Mi salud es una de mis frustraciones, porque siempre tengo que regresar a la ciudad para mis terapias físicas.

Otras comunidades nos piden que vayamos hacia ellos, y no nos abastecemos porque somos pocos.

«LA COSECHA ES ABUNDANTE, PERO SON POCOS LOS OBREROS —LES DIJO A SUS DISCIPULOS— PÍDANLE, POR TANTO, AL SEÑOR DE LA COSECHA QUE ENVÍE OBREROS A SU CAMPO».

MATEO 9: 37-38 (NVI)

4

NUESTRO TRABAJO CON LOS UZBEKOS EN ASIA CENTRAL

Mi familia está compuesta por mi esposa Claudia, y mis hijos: German, quien actualmente tiene diecinueve años, Jazmín de diecisiete y Roxana de quince.

Hasta el momento de salir al campo, mi esposa y yo trabajábamos en la docencia en las escuelas primarias. Pertenecíamos a una iglesia cuyo pastor era un misionero brasilero. Él invitaba cada año a nuestra congregación a ministros que predicaban sobre misiones, lo que despertó, tanto en mí como en mi esposa, un fuerte deseo y compromiso hacia las mismas, aun antes de casarnos. Este llamado se hacía cada vez más fuerte, pero al pasar los años nadie pudo canalizar.

Sin embargo, queríamos expresarle a Dios nuestro amor por las misiones, y fue así como comenzamos a tomar algunas decisiones al respecto. Una de ellas fue abrir una cuenta bancaria en la cual comenzamos a aportar un porcentaje de nuestras ganancias que sería destinado a obreros en el campo. También comenzamos a informarnos acerca de algunos países no alcanzados y a interceder por ellos.

Cuando estaba estudiando en un seminario bíblico, conocí a dos profesores quienes más adelante se fueron como misioneros a

otros países, uno al África y otro a España. Allí enviamos nuestras primeras ofrendas.

Los años pasaban y nos sentíamos unos misioneros frustrados, por lo que pensamos que tal vez nuestros hijos podrían llevar a cabo este llamamiento; hasta que en el año 1995, el Soberano Señor movió su «tablero de ajedrez» para hacer posible nuestra salida.

Llegó a nuestra provincia un grupo de hermanos de Overlake Christian Church (Seattle, EEUU), ofreciendo talleres y seminarios sobre varias temáticas que incluían el área de misiones. El interés que teníamos sobre esto fue lo que nos motivó a continuar con una relación de amistad, la cual, mediante un acuerdo con ocho iglesias de diferentes denominaciones de la ciudad, sus pastores y miembros de Sepal, aprobaron continuar como relación fraternal. Dicha relación sería una asociación de apoyo y cooperación misionera con estas congregaciones participantes en un proyecto que se llamó «Iniciativa 10/40». Este tendría como objetivo movilizar a las iglesias para una participación cooperativa en el movimiento misionero global, enviando un equipo para plantar iglesias contextualizadas, autónomas y reproductoras (misioneras), entre los menos alcanzados. El equipo inicialmente sería de esta ciudad, pero daría oportunidad para incorporar a otros miembros latinos que desearan unirse a los que estuvieran trabajando en el país adoptado.

En ese mismo año se adoptó a la etnia uzbeka en un lugar de Asia Central. Al año siguiente, se formó el grupo de candidatos de cada una de las ocho iglesias participantes y se inició una capacitación, así como la formación de la estructura de envío.

En el año de 1997, el grupo de candidatos se redujo a quince, a fin de brindar una capacitación más sistemática y poder trabajar el área del carácter. Además, se realizó el viaje de exploración al país adoptado, el cual pude visitar en compañía de otros pastores, por ser un posible candidato al campo.

Después de cuatro años de capacitación, de algunas experiencias prácticas y de escoger la agencia misionera, se concretó el envío en 1999; pero no de un equipo, como se había pensado inicialmente, sino de una familia, la nuestra.

Hoy, ya hace seis años y medio que estamos allí. Recuerdo que los dos primeros años fueron muy difíciles; tuvimos que lidiar con el llanto de los niños que extrañaban a sus parientes y tomar algunas decisiones, como la de enviar a nuestros hijos a la escuela nacional, siendo ya grandes y desconociendo totalmente el idioma. El desafío más grande para nosotros mismos era entender que la prioridad y ministerio inicial sería la adaptación a la cultura y el aprendizaje de la lengua local, para poder presentar el Evangelio de manera clara y contextualizada a la cultura anfitriona.

Estuvimos viviendo en la capital por dos años, antes de trasladarnos a la ciudad meta, porque en ese momento no teníamos otros obreros en el equipo. Pasado un año, se incorporó una nueva familia, lo que facilitó el traslado al interior. Unos obreros de otra agencia también decidieron trabajar en este lugar, así que todo se dio en el tiempo de Dios y juntos trabajamos como un solo equipo, conformando lo que se conoce como el equipo de Dios. Después de haber vivido en la capital, donde había ciertas libertades, vivir en el interior significaba hacer nuevas relaciones y un mayor ajuste a la cultura, que era más conservadora en lo religioso.

Incorporar nuevos patrones de comportamiento significó un verdadero choque, y creo que los más afectados en nuestra familia fueron mi esposa y mis hijos. Una de mis hijas, haciendo memoria de lo que fue nuestro traslado, escribió lo siguiente:

«El lugar donde ahora vivíamos era muy conservador. Cuando venía caminando de la escuela por las calles polvorientas de ese barrio, chicos que pasaban por allí, me escupían, decían palabrotas o me tiraban

piedras. Yo llegaba llorando a mi casa, y me pasaba la noche preguntándole a Dios por qué me había traído a vivir a un lugar así, donde los hombres despreciaban tanto a las mujeres...»

Mi esposa también sufrió en los primeros meses por la burla y el rechazo. Cuando esto sucedía, nos reuníamos como familia, leíamos la Biblia, orábamos y llorábamos juntos, buscando la fortaleza de Dios. Sabíamos que Él nos había llamado y que nos capacitaría para esa tarea.

En estos años hemos visto la mano y la gracia de Dios obrando para plantar la iglesia. Cuando llegamos a aquella provincia, hace cuatros años, no se conocía ningún grupo de convertidos uzbecos de trasfondo musulmán, que se reunieran para adorar a Dios en el nombre de Jesús.

En el año 2001 fuimos conociendo algunos creyentes, algunos de los cuales no se conocían entre sí, y comenzamos a reunirnos con el deseo de trabajar con ellos en un discipulado para formarlos como obreros. Ellos eran un hombre, una mujer y un matrimonio joven. Vivían en diferentes y distantes aldeas. Fueron cuatro años de intenso trabajo. Veíamos en estos creyentes a líderes potenciales, y por cada semana comenzamos a reunirnos con ellos, haciendo un plan para el discipulado. Después de cada encuentro donde desarrollábamos estos temas, les pedíamos que los compartieran con los interesados, parientes o amigos, ya que estas son relaciones cercanas donde se podía hablar de estos temas con confianza. Lo impactante, y el motivo de mayor gozo, fue cuando dos de estos hermanos comenzaron a traer a otros a Cristo, a discipularlos y, al poco tiempo, bautizarlos. Ellos mismos comenzaron a formar pequeños grupos de estudio entre los interesados y nuevos convertidos, pero el desafío más grande fue que entendieran la necesidad de reunirse con regularidad, aunque fuera una vez a la semana. Por ese tiempo, otro candidato a líder que ya había dado testimonio de su conversión fue llevado al grupo, lo cual llevó a otros a Cristo.

Hay que destacar también que en ese tiempo fue cuando comenzaron a venir las persecuciones por medio de la policía secreta. Llamaban a los líderes para interrogarlos y amenazarlos con meterlos a la cárcel. A uno de ellos, con quien me encontraba todas las semanas, lo estuvieron citando por varios días a la oficina del jefe de la policía secreta de esa ciudad, interrogándolo cada día por unas tres o cuatro horas y hablándole en contra del *Inshil* (Nuevo Testamento). Estas fueron pruebas duras para la fe de ellos en el Señor, que muchas veces afirman o apartan de la fe a los convertidos.

Unas de las batallas más arduas con las que hay que lidiar, es la de tener discernimiento de las motivaciones de las personas que se acercan para profundizar una relación, ya que la mentira es un arma muy peligrosa. No sabes cuándo alguien tiene un sincero interés en el Señor, o cuándo el único objetivo es ver si pueden lograr obtener ayuda para conseguir dinero. Pero, contra todo esto, Dios ha trabajado y hoy podemos decir que contamos con más de ocho grupos de iglesias en las casas, en diferentes aldeas. Uno de estos líderes que ha entendido muy bien la visión y el tema de la reproducción, es el que ya ha abierto unos tres nuevos grupos en otras aldeas. Él mismo ha elegido y formado a los líderes que se harán cargo de estas iglesias en las casas (grupos de seis, ocho, diez o dieciocho personas como máximo, ya que la persecución no permite grupos mayores). No conocemos a todos los creyentes, pues nuestra relación cercana y trabajo son, fundamentalmente, con los líderes.

En estos años de ministerio, como familia, hemos pasado por situaciones difíciles. Hoy puedo ver los obstáculos que hemos superado y dar gracias a Dios por su fidelidad, pues en este trabajo hemos sufrido con tiempos de soledad y desánimo.

Primeramente, esto se debió al sentimiento de abandono en el aliento, en la comunicación, en el cuidado pastoral y en el sustento de las iglesias que nos habían enviado (para algunos el compromiso

se terminó después de tres años, para otros después de cinco años). Pero en esta situación, Dios levantó otros hermanos e iglesias que fueron de sostén para nuestras vidas.

En segundo lugar, el desánimo surgió en el área ministerial, como resultado de haber invertido con mi esposa muchas horas en una aldea, sobre todo yo en uno de los líderes, y no ver frutos. Allí pudimos entender que el resultado no dependía de «nuestras fuerzas ni de nuestras capacidades». El sentirnos desanimados nos hizo volver a la fuente de la fortaleza y depender de Él. Después de un tiempo de oración más intensa, Dios comenzó a obrar y hoy podemos ver nuevos convertidos en ese lugar. Todas estas circunstancias sirvieron para afirmarnos en Aquel que nos había llamado y que había prometido estar con nosotros siempre.

Como expectativa, queremos ver un movimiento de plantación de iglesias entre los musulmanes de este país, para que lleven el Evangelio a las otras aldeas de la provincia. Queremos seguir invirtiendo en los líderes, para que puedan abrazar la visión de la multiplicación; y no sólo en su región, sino que también traspasen las fronteras para alcanzar a los uzbekos que están en los otros países limítrofes. En mi oración doy gracias a Dios cada vez que me acuerdo de ellos. «...siempre oro con alegría, porque ellos han participado en el evangelio desde el primer día hasta ahora, y estoy convencido de esto: El que comenzó tan buena obra en ellos, la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús. Es justo que yo piense así de todos ellos, porque los llevo en el corazón».

Filipenses 1:4-7^a (NVI)

LLAMADO PARA LLEVAR SU PALABRA A LOS YUKPA

Nací el 1 de Enero de 1972, en un pequeño pueblo llamado Media Luna, ubicado en la Serranía del Perijá, al nororiente de Colombia. Soy el quinto de nueve hermanos y desde muy pequeño, mi madre me llevó a la iglesia. Sin embargo, a la edad de trece años mi papá puso un negocio de venta de licor y decidió que yo debía ayudarlo. Esto provocó que yo dejara de asistir a la iglesia, y poco a poco me fui alejando del Señor.

Fue sólo después de diez años, muchas mudanzas y muchos altibajos en mi vida, que tuve que reconocer que, así como el hijo pródigo, necesitaba regresar a casa de mi Padre Celestial y así lo hice. Sin embargo, tuvieron que pasar cinco meses más para que yo regresara a Media Luna, a la casa de mi familia. A mis ojos, Media Luna es un lindo pueblo, pero no hay casi ninguna forma de desarrollo, por lo que regresar a vivir allí significaba darme por vencido en mis sueños de hacer algo realmente importante con mi vida. Por eso pensé que mi regreso sería sólo algo temporal.

Regresar a Media Luna significó también mi regreso a la iglesia en la que había crecido. El pastor no era el mismo, pero no pasó mucho tiempo para que el nuevo pastor, Aníbal García, y yo nos hiciéramos muy buenos amigos. Cierta día llegó un misionero suizo llamado Marcos Porret a exhortar a la iglesia para continuar el trabajo que él estaba haciendo entre el grupo étnico, pues por el orden público se veía obligado a salir de la región. Nosotros habíamos crecido en la región, rodeados de varios asentamientos yukpa, y no tendríamos por qué tener problemas. Además, éramos cristianos comisionados para ir y hacer discípulos de Cristo. Mientras Marcos se dirigía a la iglesia, mi corazón latía fuertemente, y la convicción de

que Dios me estaba llamando a llevar su Palabra a los yukpa crecía con cada palabra que salía de su boca.

Cuatro meses después, le dije a mi pastor que creía que Dios me estaba llamando a trabajar entre los yukpa. Él se alegró mucho, pues llevaba mucho tiempo orando para que Dios enviara a alguien que pudiera compartirles del amor de Dios en su propio idioma. El pastor Aníbal creció muy cerca de un asentamiento yukpa y muchas veces les compartió el Evangelio; pero a pesar del gran esfuerzo que ellos hacían para entenderlo, sus limitaciones con el castellano eran muchas. Ahora, yo estaba dispuesto a ir y el pastor estaba de acuerdo, pero faltaba que la iglesia lo aprobara.

Yo crecí en Media Luna, pero durante los años que dejé de asistir a la iglesia y los cinco años que viví fuera, el liderazgo de la iglesia había cambiado y ya no me conocían. Los seis meses que llevaba en el pueblo no bastaban, necesitaba pasar un tiempo de observación y trabajar en la iglesia, lo cual hice durante año y medio con grupos celulares y con el grupo de jóvenes y adolescentes, al mismo tiempo que me capacitaba bíblicamente.

Algunos líderes seguían dudando de mi llamado y pensaban que eran simplemente emociones, pues estaba recién convertido. Pero decidieron que la forma de probar mi llamado era que me hiciera cargo de una iglesia fuera del pueblo que estaba muy cercana a la comunidad yukpa de Caño Padilla. De esa forma podría tener contacto ellos, mientras también ayudaba a mantener la iglesia abierta. Yo aprovechaba cada momento que podía pasar entre los yukpa, aunque fue un tiempo muy difícil porque yo aun no sabía nada sobre cómo desenvolverme en una cultura diferente a la mía, ni qué esperar de ella. No hablaba el mismo idioma y muchas veces me frustré bastante al no poder comunicarme efectivamente con ellos. Mi frustración era tal, que algunas veces llegué a dudar si verdaderamente Dios me había llamado a trabajar con ellos, y si los valores

que había aprendido en mi casa eran mejores que los que estaba adquiriendo.

El maestro de la escuela de la comunidad, un yukpa llamado Armando, fue quien más problemas me ocasionó. Él decía que los blancos únicamente se aprovechan de ellos, por lo que sembraba desconfianza en el resto de la comunidad y no perdía oportunidad para humillarme públicamente, burlándose de mi pronunciación en las escasas palabras del yukpa yo que conocía. Sin embargo, Dios no tardó mucho en actuar. Armando tenía que hacer una profesionalización, pero no podía con las matemáticas por lo que buscó mi ayuda. De ahí, poco a poco, nació una buena amistad que hasta ahora me ha abierto puertas en la comunidad yukpa de Caño Padilla.

Después de seis meses, los hispanohablantes que vivían en las fincas cercanas a la iglesia donde me habían enviado a servir, se quejaron con la iglesia madre de que yo perdía mucho tiempo entre los «indios», en vez de ir a visitarlos a ellos. Esto me dio la oportunidad de hablar nuevamente con la directiva de la iglesia y explicarles que lo que yo quería era trabajar con los yukpa, y sólo entonces me enviaron a la capacitación en misiones transculturales.

Estudiaba tres veces al año en el instituto transcultural, y a la vez debía hacer las prácticas mientras viajaba hacia la capital del país para tomar la capacitación. También viajaba a Media Luna para seguir colaborando con la iglesia. Además, hacía visitas periódicas a Yukatán, una comunidad yukpa que tenía menos contacto con los hispanohablantes, lo cual era idóneo para que aprendiera su idioma. Después de hacer esto por tres años, terminé mi capacitación, pero entonces la iglesia se dio cuenta de la falta de preparación que tenía el liderazgo; y por mis recientes estudios, yo era idóneo para colaborar con la iglesia, aplicando lo que había aprendido. Así que, aunque me fui a vivir a Yukatán, muy a menudo tenía que bajar al pueblo para dar discipulados a diferentes miembros de la iglesia, pero mi preparación era para un trabajo transcultural.

Al ir a Yukatán por primera vez, me encontré con don Antonio, un anciano de la comunidad que de joven conoció y trabajó para mi papá. Muy emocionado de conocer a uno de los hijos de su antiguo empleador y amigo, me ofreció toda su ayuda y pidió que me quedara en esa comunidad para aprender su idioma y de su cultura. Me presentó a toda la comunidad, les dijo que mi padre siempre fue muy bueno con los yukpa, y que ahora yo iba a vivir entre ellos, lo cual permitió que me sintiera seguro con ellos.

Yukatán fue, hace muchos años, una finca de mi padre, por lo que don Antonio no tardó mucho en llevarme al lugar en donde había estado nuestra casa. Siempre me ha impresionado cómo Dios utilizó a mi padre, muchos años atrás, para abrirme las puertas de esta comunidad ahora, después de tanto tiempo.

Los yukpa me dieron la bienvenida a Yukatán, sin embargo, me ha tomado mucho tiempo ser bienvenido a la sociedad yukpa de Yukatán. Me refiero al poder participar en sus reuniones y a ser parte de los hombres yukpa. No como cuando estaba recién llegado y me senté con ellos durante una de sus reuniones, y ellos inmediatamente detuvieron su reunión porque yo estaba allí. Entonces yo era un intruso, ahora soy un amigo digno de su confianza.

Ya estaba capacitado para las misiones transculturales, pero definitivamente no lo estaba para no escuchar el español por períodos tan largos. Comunicarme en yukpa me requería mucho esfuerzo y me resultaba agotador tratar de entender todo lo que me decían. Luego llegaba la noche y extrañaba mi cama, porque en la comunidad, en cambio, tenía sólo una estera (tapete hecho con hojas de plátano). Ha sido un largo camino, y aunque no todo ha sido fácil, ahora disfruto cada momento entre ellos, al punto de que cuando estoy en Media Luna, extraño mi vida en Yukatán; sin embargo, cuando estoy en la sierra, sigo extrañando Media Luna. Y así ya tengo ocho años viviendo y haciendo relaciones con ellos; tres años mien-

tras me capacitaba, un año haciendo visitas periódicas cortas, y cuatro años a tiempo completo.

Con el tiempo, he entendido mejor el llamado que Dios me hizo. No se trataba únicamente de hablar a los yukpa de Su amor, sino de compartir con ellos Su Palabra de amor, compartirla de tal forma que hable a sus corazones, y qué mejor, que hacerlo en el idioma de su corazón. Espero algún día poder entregarles el Nuevo Testamento traducido a su idioma, y ayudarlos para que puedan tener una iglesia autóctona, con líderes autosostenibles. Mientras ese momento llega, mi trabajo entre los yukpa ha consistido en corroborar datos que un lingüista del ILV recopiló de uno de los dialectos del yukpa, antes de tener que salir de la comunidad por problemas de orden público. En base a esos datos y a otros que he recopilado a lo largo de los años, hemos creado un alfabeto para el idioma yukpa. Le he tenido que hacer algunas correcciones en base a pruebas que he hecho en varias comunidades, con pequeños libros creados específicamente con el objetivo de probar la aceptación y unificación de dicho alfabeto.

Aún hay mucho trabajo por hacer, ya que por increíble que parezca a los ojos de algunos, los yukpa no son dignos de tanto esfuerzo y trabajo. Por eso, parte importante en el proyecto yukpa es rescatar sus valores culturales y su historia a través de la lecto-escritura, y así revalorar la cultura yukpa, tanto a sus ojos como a los del resto del mundo. Nunca olvidaré las lágrimas de alegría que una anciana derramó cuando tuvo en sus manos por primera vez un libro que hablaba como ella, y que además estaba ilustrado. Ella no podía leerlo, pero disfrutaba al escucharme leerlo.

Actualmente enfrento nuevos retos, ya que hubo un reciente cambio de pastor y muchos de la directiva de la iglesia no han visto como importante mi trabajo entre los yukpa. El apoyo de la iglesia no es mucho. Otro reto es el tema del orden público, que no me permite ir a las comunidades más lejanas, las cuales tienen menos con-

tacto con la cultura castellana, y por lo tanto serían las ideales para mi trabajo. Ya en dos ocasiones he tenido que charlar con la guerrilla, porque ellos quieren que me salga de la comunidad y que los deje con sus creencias.

Dios sigue al control, y ante estos retos, Él ha dado maravillosas soluciones. En el caso del orden público, la comunidad yukpa salió en mi defensa, recordándole a la guerrilla su libertad de poder decidir sobre a quién le permitían, o no, la permanencia dentro de sus tierras. En cuanto al apoyo para el proyecto, desde hace poco menos de un año una pareja capacitada en el área de lingüística y alfabetización se ha unido al proyecto. Además, ahora cuento con mi esposa, quien también está capacitada en estas áreas. Y doy gracias a Dios por las iglesias y amigos de Guatemala y México, quienes desde hace poco más de un año se unieron a mi iglesia en Media Luna para el sostenimiento económico y en oración del Proyecto yukpa.

6

TAI LEE

Soy la mayor de cuatro hermanos y la única mujer. El hogar en el que crecí fue un hogar pobre y no cristiano; sin embargo, durante varios años de mi niñez asistí a las Escuelas Bíblicas de Vacaciones que realizaba una iglesia cercana a nuestra casa. Mis padres en una oportunidad decidieron asistir a dicha iglesia, pero esto no duró mucho, debido al problema de alcohol que mi padre tenía. Cuando tenía doce años, nos cambiamos de casa y así terminó mi primer contacto con la iglesia evangélica.

Mi padre falleció cuando yo acababa de cumplir quince años y aún no había terminado la educación secundaria. En ese tiempo, la pobreza de mi hogar se acrecentó y mi madre y yo tuvimos que unirnos para trabajar y poder sostener a mis tres hermanos pequeños. Fue entonces cuando una anciana le habló de Cristo a mi madre y ella decidió aceptarlo. Después, ella comenzó a animarnos para que asistiéramos a la iglesia con ella. Mis hermanos pequeños lo hicieron con gusto, pero yo tenía demasiado odio y cólera en mi corazón y no creía que ese asunto fuera para gente como yo; así que comencé a asistir porque mi madre decía que tenía que hacerlo, pero no porque quisiera. Cada vez que íbamos a las reuniones del campo blanco (célula) era una tortura para mí, especialmente porque siempre me hacían la invitación directa para aceptar a Jesús; así que un día decidí levantar la mano, pero sólo para que dejaran de preguntarme.

No puedo decir que sentí una transformación milagrosa, ni nada por el estilo; pero lo que sí sé, es que a pesar de mi resistencia, ese fue el momento en el que Jesús me tomó y comenzó a trabajar en mi corazón, que estaba lleno de odio y cólera contra Él y contra el mundo. Tuvieron que pasar un poco más de tres años y medio para que de verdad yo rindiera mi corazón a Jesús. Dios usó a una pareja de pastores jóvenes que llegaron a hacerse cargo del campo blanco. A través de ellos comencé a experimentar el amor de Jesús de una manera real, y comprendí que lo que Él deseaba era tener una relación íntima y personal conmigo; así que un domingo por la tarde, me arrodillé en mi casa a solas y me rendí totalmente al amor incondicional de Jesús. Ese día comencé no una senda de rosas, sino una aventura maravillosa en la que ha habido de todo: lágrimas, caídas, confesión, perdón, dolor, tristeza, humillación, risa, carcajadas, consuelo y muchas cosas más, pero en la que ha sobreabundado SU GRACIA Y SU AMOR INCONDICIONAL.

Tuve el privilegio de que el campo blanco en el que inicié mi vida cristiana, pertenecía a la única iglesia de Las Asambleas de Dios que en ese tiempo (1981-1984) enseñaba sobre la obra misionera mundial. Allí escuché las primeras historias de misioneros y también conocí a las primeras dos guatemaltecas que salieron como misioneras a Colombia. Ellas inspiraron mi vida con su visión y ejemplo. Luego tuve la dicha de que la pareja de pastores jóvenes que se hicieron cargo del campo blanco, también tenía una visión mundial; así que el discipulado que recibí fue uno en el que aprendía que la gran comisión era también mi responsabilidad. Un día, después de escuchar una historia misionera, en un momento de emoción le dije a Jesús: «Eso es lo que yo quiero ser», pero nunca me imaginé en qué lío me estaba metiendo. Qué bueno, porque si lo hubiera pensado mucho, quizás nunca lo habría dicho.

Después de este momento de emoción, me envolví en el trabajo, los estudios y la tarea de sacar adelante a mi familia; así que me olvidé de lo que había dicho, pero el Señor no se olvidó, porque

aunque yo no entendía, Él estaba trabajando en mi vida. Los años que siguieron, fueron años difíciles; no sólo por mi responsabilidad familiar, sino también por la etapa de formación de mi carácter y vida cristiana que en la que Dios actuó en mí. Hubo momentos muy dolorosos, pero ahora entiendo que Él me estaba preparando para lo que venía por delante.

En el año 1989, el Señor comenzó a inquietar mi corazón para servirle en el ministerio a tiempo completo, y allí comenzó otra etapa de la aventura con Él. En febrero de 1990, Dios me bautizó con el Espíritu Santo y un año después, bajo su dirección, decidí hacerme miembro de la Iglesia Central de las Asambleas de Dios. Ese mismo año, Él comenzó un trabajo especial para que esta congregación se convirtiera en una iglesia con visión mundial. Desde ese año hasta principios de 1994, El Señor me permitió servir en diferentes ministerios en la iglesia. Esta fue la etapa que Él usó para enseñarme a conocer los dones que me ha dado, y para continuar la formación de mi carácter en diferentes áreas. Doy gracias a Dios porque aprendí, juntamente con mi iglesia, a conocer el corazón misionero de Dios.

En 1994 renuncié a mi trabajo secular y me embarqué en la aventura de servir al Señor a tiempo completo. También inicié la etapa de educación formal para el ministerio misionero. En ese año comencé a viajar a diferentes partes del país para visitar las iglesias de Las Asambleas de Dios, y compartir con ellos el corazón misionero de Dios. Además iniciamos, en mi iglesia local (Iglesia Central Asambleas de Dios), un programa de misiones domésticas, a través de expediciones de corto plazo a diferentes áreas de mi país.

En 1995, estaba bien ocupada en el servicio y con el sueño de salir al campo, pero no sabía a dónde, así que un día le dije al Señor: «Tú sabes que yo deseo ser una misionera, pero no sé a dónde quieres enviarme, puedes decirme hoy?»; y aunque usted no lo crea, a pesar de que en mi oración mencioné la palabra «hoy», no espera-

ba la respuesta tan rápido; pero Él me respondió y me dijo: «CHINA». ¡Qué locura! Así que me lo guardé por algún tiempo, pero Él no me dejó tranquila hasta que lo comencé a confesar; y fue allí cuando Él comenzó a glorificarse una vez más. Dios comenzó a abrir las puertas de una manera increíble, y cuando menos lo pensé, en marzo de 1999, estaba en un avión rumbo a China para un viaje de exploración.

Después de mi regreso del viaje de exploración, me quedé dos años en mi país para terminar la capacitación en las áreas que descubrí que necesitaba hacerlo, y para esperar por las congregaciones que decidieran ser parte del equipo para llevar las buenas nuevas a China. El 18 de junio de 2001, salí de nuevo. Esta vez para vivir en China por dos años, con el propósito de aprender el idioma.

Estar en un país tan lejano, sin mi familia, mi mejor amiga, ni mi comida favorita no fue fácil, pero creo que lo más difícil fue tener que comenzar de cero en todo, especialmente viniendo de un ambiente en el que, según yo, sabía muchas cosas y me creía que era alguien. Pues malas noticias, aquí nadie sabía quién era yo. No sabía cómo hacer la mayoría de las cosas que tenía que hacer aquí y no sabía hablar el idioma, así que tenía que depender de otros, y lo que es peor, aún había muchas cosas sobre mí que no sabía. Los primeros meses fueron tremendos, pero gracias a Dios por SU GRACIA Y AMOR INCONDICIONAL, porque ellos me sacaron adelante y, sobre todo, me están enseñando paso a paso a rendirme todos los días y a ver cómo trabaja Él.

Cuando dejas tu país, tu familia, tus amigos y muchas otras cosas, muchos te admiran y te elogian (y sus intenciones son buenas), pero cuando llegas aquí, te das cuenta de que aún hay mucho que debes rendir y que aunque para muchos eres «algo especial», sencillamente eres un hijo o hija de Dios que ha decidido obedecer, y que por alguna razón, Él ha decidido continuar su trabajo en tu vida, en otra parte del mundo.

Durante los primeros dos años, la tarea de aprender el idioma trajo a mi vida una presión tremenda; no sólo porque el idioma es difícil de aprender, sino por la sensación de que no estoy haciendo nada. A eso se suma el momento en que tenía que sentarme a escribir mi carta de oración. Lo primero que venía a mi mente era la pregunta que, según yo, muchos se harían al recibirla: «¿cuántos convertidos?», y en uno de esos momentos, un día el Señor me dijo: «¿Por qué tienes pena? ¿Dependes de ellos o dependes de mí? Porque si dependes de mí, yo nunca te dejaré y siempre habrá quién escuche mi voz y me obedezca». A partir de ese momento, pude escribir con libertad y gozo.

En el 2003 se terminó la primera etapa de dos años; pero antes de regresar a mi país tuve una experiencia que impactó mi vida y me aseguró que estoy en el lugar correcto. Fue cuando una mujer joven que conocí en 1999, en una de las aldeas de China, cuando me dijo adiós, me abrazó y me dijo: «Gracias por decirme quién es Jesús, regresa pronto». Así que cuando regresé a visitarla, le llevé una Biblia y le dije: «Este libro es para que conozcas mejor a Jesús».

En agosto de 2004, regresé a China para mi segunda etapa de servicio. Esta vez el enfoque del aprendizaje del idioma no ha sido tan fuerte, ya que El Señor me ha dado la oportunidad de colaborar en un programa para alcanzar drogadictos. Ha sido una experiencia tremenda, con muchas satisfacciones, pero también con muchos desencantos, ya que no es fácil ver a muchos renunciar, porque es muy difícil vivir sin las drogas. Como equipo, hemos visto muchos milagros en hombres y mujeres que no tenían nada por qué vivir, pero que ahora tienen a Jesús y Su llamado para alcanzar a otros como ellos. En este proyecto me ha tocado hacer de todo, desde enseñar inglés, enseñar a cocinar platillos internacionales para un restaurante, cuidar a una drogadicta durante toda una noche cuando inicia su etapa de regeneración, o hacerle de payaso. Sin embargo, ha sido un

gozo, porque todo redundaba para que ellos no sólo oigan, sino que también experimenten el amor de Jesús en sus vidas.

Así mismo, el Señor me abrió la puerta para entrenar a jóvenes que desean alcanzar a los niños chinos con las buenas nuevas. Esto ha sido un sueño hecho realidad, porque creo que si entrenamos a los nacionales, ellos pueden hacer un mejor trabajo para alcanzar a sus compatriotas.

En marzo de 2005, después de una experiencia especial, el Señor puso en mi camino a una joven para disciplinarla. No saben el gozo que me da ver a esta joven con tanta hambre por tener una verdadera relación personal con Jesús.

En estos momentos (julio de 2005), estoy en un tiempo de transición, ya que a finales del mes me voy a vivir a otra ciudad, más cerca del grupo étnico que Dios ha puesto en mi corazón. Otro sueño hecho realidad, pero una vez más, a comenzar de cero en muchas cosas. Allí, mi contacto será con estudiantes de nivel medio y mi esperanza es que el Señor me ayude a compartir Su amor con ellos. Además, se iniciará una etapa de exploración para trabajo comunitario en el área rural cercana. No tenemos muchos planes concretos (voy con una compañera), pero sabemos que es el lugar y es el tiempo; así que sólo tenemos que obedecer y entrar por la puerta que el Señor ha abierto, seguros de que adentro hay muchos desafíos que enfrentar, pero muchas sorpresas y mucho gozo por venir al experimentar la manera en que Él se va a glorificar.

No es fácil compartir el mensaje en un ambiente de persecución, temor, extrema vigilancia y muchas otras cosas negativas que muchas veces me frustran. Sin embargo, Dios me ha enseñado a estar quieta y esperar a ver cómo hace su obra, a pesar de y en medio de esas circunstancias, porque el pueblo chino también tiene derecho a conocer de SU GRACIA Y AMOR INCONDICIONAL.

7

LLAMADO PARA SERVIR

Un momento inolvidable

La voz del capitán anunció a través del sistema de sonido de la aeronave: «Señores pasajeros, brevemente iniciaremos nuestro descenso al aeropuerto de Hong Kong. Por motivos de seguridad, por favor manténganse sentados, con sus cinturones abrochados».

Al mirar a mi esposa, vi que también en ella había una enorme alegría al escuchar aquel anuncio. La razón no era por el término de un viaje largo, sino por la realización de un sueño de años que se tornaba realidad.

El señor Dios, con sus manos fuertes, nos trajo a la China. Fue en el año de 1983 que iniciaríamos un capítulo más de nuestra vida ministerial.

La razón de un llamado

Nací en un hogar cristiano, bajo circunstancias muy interesantes. Mi madre, cuando estaba embarazada, se tornó muy enferma debido a problemas renales y cardíacos. Su médico le explicó que lo mejor sería tener un aborto clínico, ya que su estado de salud colocaba en riesgo la vida del bebé y su propia vida. Desechada la propuesta, lo que ella decidió hacer fue orar y dedicar el bebé –que era yo– al servicio del Señor.

El 14 de mayo de 1958 nació Olinto F. De Oliveira; hijo de un hombre creyente muy honesto, que también era llamado por el mismo nombre. Como yo era fruto del segundo matrimonio de mi madre, recibí por herencia dos hermanas y un hermano, todos ya en edad casi adulta.

Mi infancia fue simple, más con una visión futurista. Mis padres invirtieron bastante en mis estudios, sabiendo que mi futuro dependería de eso. Crecí muy activo en mi iglesia local, y fue en este contexto, de un obrero laico, que fueron despertadas y desenvueltas mi cualidades y dones ministeriales.

A los diez años me sentí desafiado para el trabajo misionero. Fue en un culto de nuestra iglesia, cuando un misionero confrontó a la congregación con las necesidades de los indios brasileiros. Debido a su involucramiento y su entusiasmo en los trabajos de la iglesia, el «joven Olinto», como era conocido, ya recibía el nombre de «Pastorcito». Cuando alcancé la edad de universitario, decidí optar por una facultad teológica. Mis padres entendieron mi decisión, ya que ellos tenían en la memoria aquella oración hecha por mi madre, dieciocho años atrás. Entonces poco sabían ellos, y yo también, de las grandes sorpresas y desafíos que me aguardaban en los años que vendrían.

Escuchando el clamor de China

Fue a finales de la década de los años setenta, en la Facultad Teológica en Río de Janeiro donde estudiaba, que comencé a entrar en contacto con la nación más grande de Oriente –La China.

Los datos sobre China y el sufrimiento de la iglesia en aquella nación apelaron mucho a mi corazón y desafiaron mi vocación ministerial. ¿Quién estaría dispuesto a hacer algo productivo en aquella nación? ¡Yo estaba! Finalmente llegué a la conclusión de que mi trabajo sería en los campos de China.

El desear y el realizar necesitan de tiempo para concretarse

Terminé el Seminario casado. La joven era aquella de quien me enamoré cuando la vi por primera vez en nuestra iglesia en Río de Janeiro. Ella también estudiaba en una escuela bíblica, y estaba lista para el trabajo en las misiones.

Ya casados y formados, sentimos la confirmación del Señor para nuestras vidas, a través del ejemplo bíblico de la vida del patriarca Abraham y de la confirmación de nuestra iglesia. El texto que nos marcó fue el de Génesis 17.1: «Era Abraham de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció Jehová y le dijo: “Yo soy el Dios Todopoderoso: anda delante de mi y sé perfecto”».

Las puertas comienzan a abrirse

Después de pasar por un entrenamiento básico, más especializado en la área de misiones, y de una convicción mayor del trabajo del Señor en nuestra vida, partimos para el campo misionero en 1982. Llegamos a Hong Kong como los primeros misioneros brasileiros en Asia entre los chinos y en cooperación con la Misión OMF (Overseas Missionary Fellowship), donde ministramos en la áreas de formación de liderazgo y evangelismo. Nuestro ministerio nos ha llevado también a China Continental, Macau y Taiwán. Hemos visto la mano del Señor trabajando en nuestra vida de una forma maravillosa. Primero, sustentándonos a través de nuestra flaca y enferma economía del Tercer Mundo. Segundo, capacitándonos para aprender los idiomas necesarios que en el momento incluye el inglés, cantonés, y mandarín. Tercero, dánonos dos compañeros misioneros, que son nuestros hijos: Deborah Christina (1986) y Olinto Junior (1988). Nuestros hijos son frutos de verdaderos milagros, ya que mi esposa tenía un problema de salud que le imposibilitaba engendrar. Entonces, una vez más el Señor tocó nuestra vida y nos hizo fértiles. Hoy, nuestros hijos son llamados en chino: «Gracia de la Oración» y «Gracia Celestial», como un marco y para testimonio de lo que Dios ha hecho en nuestra familia.

Un tiempo de ministración

En casi veinticinco años de trabajo misionero, hemos visto y hecho de todo un poco: trabajo pastoral, trabajo de evangelismo público y personal entre drogadictos y prostitutas, en los presidios y en barrios marginales, y en cenas con hombres de negocios, así como trabajo en el área académica con la formación de líderes y entrenamiento de misioneros para el trabajo transcultural.

Así que cuando llegamos a Hong Kong, el tiempo fue dedicado al estudio del cantonés y de la cultura china. Al mismo tiempo que aprendíamos, buscábamos compartir la verdad del evangelio con el poco conocimiento que teníamos del idioma local. Fueron días de dificultad, porque tuvimos que aprender el chino a través del inglés, que tampoco es nuestra lengua madre.

A veces me preguntan cuál es la mejor experiencia en el campo misionero. Creo que la mejor de todas ha sido el trabajo del Espíritu Santo en mi propia vida, amoldándome según su voluntad y preparándome en el ejercicio de la paciencia, para los desafíos más grandes que tendré en el futuro.

En Hong Kong apoyamos a pastores locales en el desarrollo de su trabajo y liderazgo local, pero los recuerdos más exóticos vienen de las experiencias obtenidas en el trabajo de evangelismo en los poblados que están en el llamado «Nuevos Territorios» (área que hace frontera con la China Continental). Fue en esa época que logré tener el gusto del encontrar y hablar de Jesús a personas que nunca habían oído acerca de Él. En aquella gran ocasión, parte de aquel poblado todavía no tenía la presencia de ningún testimonio activo cristiano.

Me acuerdo de una anciana que seguramente tenía casi noventa años. Al escuchar de Jesús me dijo que jamás había oído de Él, y que a lo mejor Él no tenía residencia ni familiares en aquel pueblo, porque ella era residente allí desde sus niñez. Qué alegría

poder decirle que el Jesús al que yo estaba refiriéndome es el hijo del Dios vivo, el creador de los cielos y de toda la tierra; además, ¡es todopoderoso, es el Emanuel, el Dios con nosotros! Esta es una larga historia, pero aquella señora entendió el mensaje.

La ciudad vecina de Hong Kong es Macau, con una población evangélica menor del 1% de cristianos. Por esta razón, en 1994 acordamos, con el desafío del Señor, en residir acá. En estos últimos doce años hemos promovido en Macau el trabajo evangelístico y la cooperación con la Asociación de Misiones Evangélicas de Hong Kong para el entrenamiento de misioneros chinos.

8

OCHO AÑOS ENTRE LOS INMIGRANTES MAGREBÍES

Conocí a Jesucristo hace ya treinta y un años, en la misma iglesia que dieciséis años después fui pastor, la Iglesia Bautista de Barrio Alberdi en Córdoba, Argentina. Provengo de una familia con descendencia paterna de Siria. Me crié en un barrio de mi ciudad donde el 90% –en aquella época– eran originarios o descendientes de Siria y del Líbano. Quizás esto fue una causa que Dios utilizó para llamarme al servicio misionero entre los árabes.

Mi familia, al momento de mi llamado, estaba compuesta por mi esposa Noemí Panotto –desde el año 1999 en la presencia del Señor– y mis hijas Adriana, Valeria y Sofía. Aunque mi convicción de servir al Señor la tuve casi desde el inicio de mi vida cristiana, mi esposa tuvo su propio llamado muchos años después.

Al poco tiempo de mi conversión, comencé a involucrarme en actividades misioneras, ya sea participando en congresos misioneros como Comibam '87 y otros. También trabajé organizando y motivando a mi iglesia y a otras, para llevar adelante veladas de oración por las misiones.

Nuestra propia iglesia despertó a la visión misionera y comenzamos con el ánimo de apoyar misioneros y de enviar a otros a

servir al Señor en otros campos. Toda esta tarea de motivación y apoyo a las misiones despertaba en mi corazón la necesidad de involucrarme más personalmente. Pasaron los años, y lo que al principio era sólo buscar ser un canal a otros, comenzó a ser un fuego que me llamaba a dejar mi pastorado –que hasta el momento era un ministerio fructífero, en pleno crecimiento y desarrollo– y comenzar a soñar en servir al Señor directamente en el campo misionero entre los magrebíes.

Al evaluar nuestras posibilidades familiares, llegamos a la conclusión de que no sería fácil para una familia, ya con algunos hijos con más de veinte años de edad, trasladarnos a un país islámico, por ello decidimos venirnos a España –en ese tiempo con un creciente flujo migratorio del Magreb– y trabajar entre los inmigrantes.

Nuestra adaptación no ha sido traumática, aunque sí tuvo momentos difíciles y tensos. Por un lado, al inicio, el llegar y escuchar otro idioma, el catalán, en el cual nuestras hijas deberían estudiar y trabajar, fue un pequeño escollo, gracias a Dios superado. Un momento delicado también que tuvimos como familia fue el rechazo. Esto incluyó el maltrato, que por su condición de inmigrante, nuestra hija menor sufrió en el colegio al inicio de su primer año de estudios aquí. Debido a esto, tuvimos temor de que ella no quisiera volver más al instituto, pero la gracia de Dios la fortaleció y, venciendo el temor, terminó integrándose. Después, al poco tiempo, el recrudecimiento de la enfermedad de mi esposa; los casi diarios viajes al hospital o dormir muchas noches en él, fueron tiempos de preguntas que no siempre tuvieron respuestas a nuestro alcance. La partida de mi esposa a la presencia del Señor nos hizo repensar la decisión tomada hacía un año y medio atrás. Pero siempre llegábamos a la misma conclusión. El Dios que nos había llamado y traído aquí no obra arbitrariamente, y siempre su Espíritu nos dio confirmación de Su presencia y compañía entre nosotros.

Algo que también inquietaba mi corazón, y el de mis hijas, era la tremenda diferencia entre la vida eclesial que tenían en nuestra tierra y la encontrada aquí. La pérdida de su grupo juvenil y el hacerse un lugar en la nueva realidad española –catalana– no fue fácil, pero aprendimos que las comparaciones no facilitan las cosas y que la disposición de buscar y encontrar al Señor en esta nueva realidad era prioritario. Una vez más, el Señor fue fiel y nos concedió el conocer, disfrutar y aprender de la tremenda riqueza de la iglesia nacional. Las diferencias nos enriquecieron espiritualmente y nos ayudaron a amar lo que Dios nos permitía tener ahora; y en la medida de nuestras posibilidades, honramos a Dios y a su iglesia aquí, con los dones que él nos ha concedido.

En lo ministerial, para un obrero que quiera trabajar entre inmigrantes magrebíes en España, la falta del idioma árabe no es, ni lo fue para nosotros, un escollo insalvable. Ellos necesitan aprender el español, y su propia necesidad fue la puerta abierta para involucrarlos en nuestro espacio de vida y ministerio.

Hoy ya hemos cumplido ocho años de servicio entre los inmigrantes magrebíes. Nuestra vocación y llamado han sido trabajar para ver una iglesia árabe establecida en nuestro medio, y en ello estamos. Pero también tuvimos convicción y certeza en nuestro corazón, de que debíamos hacer el intento de motivar a la iglesia nacional para que vea y se comprometa con el tremendo desafío que representa el campo misionero transcultural que tiene a las puertas de sus iglesias, con la inmigración norafricana.

En esto también estamos, y podemos decir que por la gracia y misericordia de Dios estamos viendo el obrar de Dios en muchas congregaciones locales, y nos sentimos parte de este obrar soberano.

Como decía al principio, podemos decir que nuestra adaptación no ha sido tan traumática, pero sí, por momentos, conflictiva y dura. Hemos podido percibir que detrás de todo llamado de Dios a

un servicio específico, siempre subyace un llamado mas íntimo, personal y trascendente. Y no fue fácil para nosotros discernir ese propósito divino.

Hoy podemos decir, sin lugar a dudas, que el principal y soberano propósito de Dios de traernos a España no ha sido el trabajar entre los magrebíes. Su propósito fueron nuestros propios corazones. Ellos fueron el campo de misión de Dios para la familia Juez. Lo otro, lo que nosotros pensábamos y creíamos la razón fundamental de nuestra salida de Argentina y nuestra radicación en España, era sólo el medio utilizado por Dios para trabajar en lo íntimo de nuestras vidas. Lo que al principio era nuestro llamado se convirtió –no sin pagar un duro precio– en un regalo de Dios. Hoy por hoy, el ministerio es razón y motivo de nuestro agradecimiento al Señor y el canal de sentirnos como instrumentos de bendición para otros.

Los seis años posteriores a la partida de mi esposa Noemí, fueron tiempo de muchas luchas, que incluyeron victorias y derrotas. Las derrotas siempre estaban acompañadas de un pensamiento que animaba a continuar. ¡Esto sólo es un tiempo que no durará mucho! Además, la seguridad y convicción de estar en el lugar que Dios nos había traído, la confianza en las promesas de Dios y su sabiduría al hacer las cosas y el acompañamiento de hermanos amados, de tantos lugares, así como de Argentina y de España, nos dieron la fortaleza que necesitábamos para continuar esperando en la fidelidad de nuestro buen Señor.

Hoy vemos las primeras lluvias de las bendiciones de Dios sobre nuestras vidas y ministerio. Reconozco que muchas de estas victorias son producto del amor sacrificial de hermanos españoles que oraron y clamaron a Dios por estos inmigrantes «moros», que comenzaban a pisar su bendita tierra. Hoy recorro caminos donde otros antes abrieron surcos. Esto es respuesta de Dios al amor y pasión de mis hermanos españoles. Otros obreros como yo son los testigos a quienes el Señor permite cosechar sobre las labores de los

que nos precedieron. Percibimos un despertar, aunque aún leve en el pueblo de Dios, que abriendo sus ojos a la realidad de la inmigración magrebí, toma conciencia de que algo es necesario hacer y se está haciendo.

Hay ya un liderazgo de trasfondo musulmán, que convertidos a Cristo por la obra del Espíritu Santo están naciendo y trabajando fuerte con la gracia de Dios. Su trabajo será, en poco tiempo, conocido y recompensado con creces. Y Dios me ha premiado permitiéndome ser un colaborador y compañero suyo en los sueños y anhelos de ver una iglesia árabe en España, que ya sea integrada a la iglesia nacional o formando nuevas comunidades étnicas, glorifica el bendito nombre de Jesucristo.

Como he dicho, sentimos sobre nuestros rostros las primeras gotas de la primera lluvia. Cada día que pasa, Su gracia añade a su Iglesia nuevas vidas de norafricanos. No es un movimiento de personas árabes hacia Cristo, no es un avivamiento, sólo las primeras gotas que, sin duda, en el tiempo de Dios veremos transformarse en un río que mueve montes y derriba barreras. El lo hará, sin duda.

España es un campo de misión, y especialmente entre norafricanos. Necesitamos obreros llenos de amor, paciencia, capacidad y perseverancia. Necesitamos obreros que amen, no sólo a aquellos a los cuales Dios los ha llamado, sino que también amen y sean de soporte y ayuda a la iglesia nacional; no impositivos de otras maneras de hacer las cosas, sino compañeros fieles en el liderazgo nacional. Así, seremos verdaderos catalizadores de un movimiento misionero que traerá almas a los pies de Cristo.

Elevo mi gratitud, en primer lugar, a Dios por su fidelidad hacia mi persona y hacia mis hijas. Agradezco también a El, que el largo tiempo de soledad haya finalizado, permitiéndome conocer y disfrutar de una nueva esposa, mi querida Magda, compañera fiel de sueños y oración.

9

LLAMADOS PARA ALCANZAR A LOS PIG- MEOS BAKA

Nací en Honduras, San Pedro Sula, en el año de 1973, aunque también soy cubano de parte de mi padre, quien emigró por asuntos de negocios. Sólo el hecho de mi nacimiento muestra un significado de lo internacional que mi vida sería. Mis primeros doce años de vida en Honduras no fueron tan placenteros, debido a que cuando vine al mundo y ya tenía razón de las cosas, descubrí que mis padres se habían divorciado y por lo tanto yo, como el mayor de tres, tendría que asumir algunas responsabilidades desde una muy temprana edad. Mi madre, una secretaria civil y desempleada, optó por emigrar a los Estados Unidos, mientras que mis hermanos y yo nos quedamos en compañía de los abuelos y tíos de parte de mi padre, quienes se pasaron la mayoría del tiempo abusando de nosotros verbal y físicamente.

A pesar de las circunstancias, Dios tenía todo arreglado, ya que en medio del abuso en el que iba creciendo, tuve la oportunidad de conocer por primera vez al Señor Jesús, a través de unos misioneros hondureños que también eran familia y recibieron el llamado de venir a predicar el evangelio en medio de su propia familia y de fundar una Iglesia.

Yo recibí al Señor de muy pequeño, pero pienso que en ese tiempo, aunque mis intenciones eran buenas, tal vez solamente lo

hice por obediencia. También, dentro de mi familia por parte de mi madre, había una influencia del catolicismo muy fuerte y todas esas experiencias religiosas me enseñaban por lo menos a ser temeroso de Dios y tener compasión por los necesitados. Estoy muy seguro de que dentro de todo eso, Dios me estaba dando señales de que ya había puesto su mirada en mi vida y me estaba preparando para algo muy importante.

La primera vez que por lo menos se me ocurrió ser misionero, fue cuando vi a los misioneros norteamericanos llegar a mi país; pero no estoy seguro si es porque traían el evangelio o porque traían muchas otras cosas que llamaban mucho la atención.

El tiempo pasó y un día tuvimos que emigrar hacia los Estados Unidos, y como muchas otras personas, emprendimos ese viaje rumbo al Norte. La idea misionera se quedó guardada en el olvido, pero no en el plan de Dios. Al llegar a los Estados Unidos, mi vida fue como la del misionero que llega a un país por primera vez, y se llenó de más traumas de los que ya traía, por no conocer la cultura y el idioma. Esta experiencia contribuyó a que Dios también se desapareciera por un rato de mi mente.

Desde los trece años hasta los diecisiete, mi vida tomó un rumbo inesperado para mí. Comencé a andar en el camino de las maras, las drogas y la delincuencia. Quería ser el «Alcapone» latino. Era la vergüenza de la familia y de la sociedad en la que vivía, pero todo tenía un propósito. Dios, a través de personas que habían vivido experiencias similares, me trajo nuevamente a su redil, pero esta vez sí, por medio de una experiencia personal con Él. Tuve esa experiencia en un retiro de jóvenes, con tres días de ayuno y oración. Claro que yo no entendía nada de lo que significaba ayunar, orar, ni siquiera lo que era un retiro. Pero un hermano exdrogadito y miembro de la Iglesia a la que yo estaba visitando, tratando de buscar una salida, me invitó a ir y estas fueron sus palabras: «drogarme con Jesús», y así fue.

Mi iglesia siempre se caracterizó por ser una iglesia misionera, y un día invitó a un misionero a un culto de jóvenes para el desafío a la juventud de esa noche. Su llamado en el altar fue de que pasaran al frente los hombres que querían servir al Señor. Claro, yo a la edad de diecisiete años no me consideraba hombre, al menos desde mi punto de vista, por lo que no pasé al altar. Pero cuando se recogía la ofrenda de amor para el misionero, yo le dije al Señor que no tenía dinero, pero que le ofrendaba mi vida, y literalmente sentí, cuando la persona que recogía la ofrenda pasó frente a mí, que yo había entrado y Dios la había recibido con mucho agrado.

De ahí en adelante, mi vida tomó un rumbo drástico para mí y para muchos. Se me vino a la mente que quería ser misionero y que quería servir al Señor. No sabía dónde, cuándo ni cómo, pero estaba 100% seguro de que Dios me estaba llamando. Comencé a colaborar arduamente en mi iglesia y a buscar el medio para prepararme y servir mejor. Pensé que Dios me iba a usar para alcanzar jóvenes con problemas similares a los que yo había vivido, y de hecho lo hizo. Comenzamos un centro de rehabilitación para adictos a las drogas y empezamos a evangelizar en la calles. Todo esto fue parte del proceso de preparación.

A la edad de dieciocho años, Dios me dio el privilegio de ir al Colegio Bíblico, donde aprendí muchas cosas y conocí a mi amada esposa Lilyana. Pero no fue en realidad allí donde Dios confirmó mi llamado a las misiones, sino durante el curso de Perspectivas que tomé durante unas vacaciones de verano. Fue allí donde mi vida fue revolucionada, y por primera vez supe de grupos no alcanzados como los pigmeos del África, y aprendí a orar por ellos.

Después de haberme graduado del colegio bíblico, mi esposa y yo estudiamos en la escuela de misiones por un año y medio, porque habíamos entendido que la responsabilidad de llevar el evangelio a los pigmeos baka era nuestra. Después de cuatro meses de pre-

paración previa para el campo misionero con la misión WEC, salimos como misioneros para trabajar entre la tribu de los pigmeos baka.

Jóvenes y con sólo con un año de casados llegamos al campo, tal vez con muy poca experiencia y madurez, pero con mucho deseo de alcanzar a un pueblo que no conocía del Señor. Después de tres meses de haber llegado al país, comenzamos a hacer nuestras primeras expediciones y contactos con aldeas pigmeas de la frontera de Guinea Ecuatorial y Camerún. Las aldeas estaban situadas a lo largo de ríos y selva tropical.

Los pigmeos son conocidos como uno de los grupos indígenas más antiguos del mundo y difíciles de alcanzar, por su estilo de vida nómada y la selva.

Con todo y esos desafíos, nosotros obedecimos al llamado y entendimos que Dios quería que fuéramos a llevarles el evangelio al pueblo baka. Sabíamos que habían muchos desafíos y un precio muy grande a pagar para poder ver a por lo menos un grupo de los pigmeos llegar a Cristo.

La malaria, fiebre amarilla y un sin fin de enfermedades, sobre todo el aislamiento en la selva, eran los desafíos más grandes que uno podía imaginarse que experimentaría en este trabajo. El enemigo era el número uno en el territorio de los baka. El hecho de que nosotros estuviéramos viviendo allí no quería decir que ya habíamos ganado la guerra.

Entre más avanzábamos con el aprendizaje de nuestra tercera lengua entre los baka y con la cultura, el enemigo hacía la guerra por medio de las enfermedades que nos molestaban cada día, además, extrañábamos a nuestra familia y todas aquellas cosas a las que estábamos ambientados y que ahora no teníamos.

Nuestro tiempo con los baka y lealtad al Señor a pesar de las circunstancias fueron más que suficientes para que Dios hiciera el milagro más inesperado de la historia de los pigmeos baka. Un día, Dios nos dio la oportunidad de conocer a un hombre llamado Pierre (Pedro). Pierre es el dueño de la plantación de cacao donde la misión tenía su base misionera. Me acerqué a él para decirle que Dios me había enviado para predicarle el evangelio, porque él sería usado para alcanzar a los baka. Él, con una cara de sorpresa, me dijo que durante veinte años había estado esperando esta invitación. ¿Por qué Pierre? Pierre no es pigmeo, pero sí de crianza.

Él había crecido con su madrastra baka hasta su adolescencia, y después emigró a Europa donde sacó dos maestrías. Conocía la lengua y la cultura mucho mejor que lo que yo hubiera aprendido en los ocho años de mi vida en África. Por lo tanto, sabía que él y su conocimiento amplio de la vida serían un buen elemento para alcanzar a los muchos baka que se estaban muriendo sin Cristo.

Tres meses de muchos estudios bíblicos pasaron hasta que nuestro hermano en Cristo nació de nuevo. ¡Gloria a Dios! Porque ya el equipo no era sólo mi familia y yo, sino que teníamos a nuestro primer cristiano que, aunque no era baka de sangre, lo era de corazón y sabíamos que podíamos contar con él para alcanzar a muchas personas para Cristo.

Al ver el testimonio de conversión, la esposa de Pierre desesperadamente vino a visitar a mi esposa y le pidió que por favor le diera de lo que Pierre tenía, porque ella había visto el cambio y también quería cambiar, al igual que su esposo. Los dos se bautizaron, comenzaron un proceso de discipulado intensivo y aprendieron a compartir su fe con otros. Claro que lo mejor para un recién convertido es aprovechar ese fuego por el Señor para que comparta todo lo que siente.

Por lo tanto, Pierre comenzó a decirme quería que los baka tuvieran lo que él tenía. Yo no esperaba que tan rápido él comenzara a querer alcanzar a los baka, pensé que tal vez en dos o tres años, pero Dios no lo quiso así. Aproveché el gozo y entusiasmo para traducir lecciones bíblicas al idioma baka y discipular a Pierre para que compartiera las lecciones con los baka. Yo seguía aprendiendo la lengua y Dios me estaba honrando, y aunque comencé a hacerlo eventualmente, sabía que Pierre lo haría mejor.

Durante nueve meses consecutivos, todos los días a eso de las seis de la mañana, un primer grupo de veinte personas baka se comenzó a reunir en unas chozas para escuchar por primera vez la historia de la palabra de Dios. Aunque ya un pastor llamado Niño Gonzáles, a quien aprecio mucho, los había revolucionado en una visita, a través de un intérprete. Todo esto llevó a los baka a tener más deseos de saber de Dios.

Dios tuvo misericordia y nos dio las fuerzas para que lleváramos nuestras cargas de malaria, soledad y muchas dificultades, con el fin de que el evangelio se estuviera predicando en más de tres aldeas por primera vez. Del primer intento de evangelización, tuvimos cuatro jóvenes que tomaron la responsabilidad de líderes (pastores), y hoy en día están predicando las lecciones aprendidas de la palabra de Dios, a través de audio e historias compartidas entre ellos.

Regresamos a Los Estados Unidos para descansar un tiempo de las enfermedades, para recuperarnos y para animar a otros a ir a las misiones. Mientras estamos en Estados Unidos, hemos visto cómo la iglesia baka está saliendo adelante. Han aprendido a no depender de nosotros y a confiar en Dios todo el tiempo. Otros están compartiendo su fe y multiplicándose. Pierre sigue evangelizando aldeas muy lejanas, donde el extranjero blanco no ha llegado, y está trabajando en el discipulado de los líderes baka. Yo sigo viajando a Camerún para dar seguimiento a la iglesia, para llevar ayuda material a otras personas y que vean con sus propios ojos el desafío de lo

que significa vivir con los baka, y cómo una iglesia entre ellos está en desarrollo.

Estamos esperando que haya suficientes creyentes maduros y capaces para desafiarlos a salir con el mensaje a otras aldeas baka.

Nos frustra mucho saber que las personas que aman al Señor y quieren ir a las misiones desde los EUA, no pueden hacerlo por problemas de migración, sólo esperamos que un día puedan salir no sólo a donde los baka sino a todas partes donde no hay evangelio.

Queremos desarrollar, a través de WEC Latino, una misión latinoamericana que pueda ser el puente para que nuevas generaciones de misioneros latinos salgan desde Norteamérica hacia los campos misioneros, y a través de nuestras experiencias puedan ser orientados para servir mejor en el campo.

10

TRADUCTORES BÍBLICOS EN ÁFRICA

Soy de Puerto Rico. Trabajo como traductor bíblico en África con los traductores bíblicos Wycliffe, entre un grupo de beréberes nómadas. Mi esposa es de los Estados Unidos y tenemos dos hijos: un niño y una niña.

Mi llamamiento no fue nada extraordinario. Un día escuché un sermón de parte de un misionero latino que trabajaba en Asia Central. Al final del sermón nos dejó con un desafío: ¿cuántos pastores hay en la América Latina? Ahora, ¿cuántos misioneros hay de América Latina trabajando entre los no alcanzados? Ya que yo estaba pensando en ser pastor en algún lugar de América Latina, esto me chocó. Después de pasar un tiempo en oración, decidí trabajar en un lugar donde la gente no conoce el evangelio. Esto fue en el año 1989. Por fin en 1999, diez años después, tomé un avión para salir al campo misionero.

Ahora, mi esposa es hija de misioneros y la familia de ella entiende, hasta cierto punto, por qué estamos aquí. Pero mi familia, en general, es una familia latina de origen católico. Por lo tanto, lo único que ellos entendían era que los íbamos a abandonar y, especialmente, que mi madre no podría ver a sus nietos. Mientras más se acercaba la fecha de salida, podíamos ver que algunos de mi familia me consideraban un traidor. Fue durante ese tiempo, más que nunca, que tuvimos que aferrarnos a la promesa de Jesús en Marcos 10:29-

30: «Les aseguro que todo el que por mi causa y la del evangelio haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o terrenos, recibirá cien veces más ahora en este tiempo...»

En el año 1999, ya había terminado mi preparación para ser traductor bíblico. Después de pasar un tiempo en Canadá aprendiendo francés (Níger es una antigua colonia francesa), tomé el avión con mi esposa y nuestro hijo, que en ese momento tenía dos años. Me acuerdo que después de despegar, miré a mi esposa y le dije: «Creo que puedo aguantar casi cualquier cosa en África. Pero mis dos más grandes temores son los escorpiones y la malaria». Poco después, el Señor nos dirigió por uno de los valles más profundos de nuestra fe.

Después de casi veinte horas dentro de aeropuertos y aviones, por fin llegamos a Niamey, la capital de Níger, todos cansados y agotados. Unos colegas nos esperaban en el aeropuerto y nos llevaron a la casa de pasaje. Unos treinta segundos después de nuestra llegada en la casa de pasaje, mi hijo salió de su cuarto y vino hacia mí con los brazos alzados para que lo cogiera. Por la expresión en la cara, podía ver que algo andaba mal. Tan pronto se encontró en mis brazos, mi hijo empezó a llorar y gritar y patalear, y era evidente que algo le dolía. En ese momento, la hija de uno de nuestros colegas, que había estado con él, vino y nos dijo que había algo vivo en el otro cuarto. Por lo tanto, fui hasta allá (con mi hijo aun gritando y pataleando en mis brazos) para ver qué había pasado. Ahí, en medio del piso, había un escorpión. Aparentemente, mi hijo había tratado de cogerlo y fue picado. Esa primera noche en Níger, nos acostamos pensando en los gritos y alaridos de nuestro hijo. Al día siguiente, nuestro hijo estaba mucho mejor. Lo único que le quedaba de la noche anterior fue la mano hinchada y roja, y ya por la tarde aun eso había desaparecido.

Una semana después, nuestro hijo comenzó a tener fiebres, y se puso de repente muy débil. Lo llevamos a una clínica donde le

hicieron varios exámenes, y todos indicaron que él tenía malaria. No había nada más que hacer que administrarle un tratamiento. Una semana después, él estuvo mejor.

Durante todo esto, el Señor nos estaba enseñando algo: primero, que estábamos en territorio del enemigo, y que éste nos iba a atacar donde más vulnerables estábamos. En este caso era nuestro hijo. A la vez, el Señor estaba mostrándonos que él es soberano, y que él puede cuidar y amar a nuestro hijo mejor que nosotros.

Un año después, nuestros administradores nos preguntaron si estaríamos interesados en ser parte de un macroequipo para trabajar en varias lenguas emparentadas en esta región. Desde el principio nos encontramos con varias dificultades. Primero, el grupo en el que íbamos a trabajar es una tribu religiosa; o sea, son expertos en la religión para todos los demás grupos del área. Por lo general, son muy orgullosos y extremadamente cerrados a influencias de afuera. Por lo tanto, no podíamos encontrar a nadie que trabajara con nosotros abiertamente para enseñarnos el idioma. Después de varios meses de frustraciones, nos pusimos en contacto con nuestros amigos que nos apoyan en oración para pedirles que oraran. Casi inmediatamente, por medios casi milagrosos, el Señor nos puso en contacto con un anciano de la tribu en cuestión —un hombre que hablaba francés, sabía leer y que había sido expulsado porque fue a la escuela. Él no fue sólo alguien que nos enseñaba el idioma, sino también un amigo. Hace varios años que él falleció y lo extrañamos muchísimo.

Ahora, la otra parte de nuestro macroequipo era una pareja europea: un danés y una suiza con sus dos hijos. Ellos habían trabajado ya casi diez años cuando nosotros entramos al macroequipo. Tenían personalidades opuestas a las nuestras y al principio nos costó a todos aprender cómo trabajar juntos. Sin embargo, aprendimos y por lo general nos llevábamos bien.

Hace unos años, la pareja fue forzada a regresar a su país porque uno de sus hijos estaba gravemente enfermo. Cuando nos preguntaron si estábamos dispuestos a dirigir todas las traducciones en el grupo (cuatro lenguas en tres países), tuvimos algunas dudas. Sin embargo, después de un tiempo en oración, hablamos con nuestros administradores para decirles que estábamos de acuerdo.

Ahora, después de años de espera y de preparar el campo, estamos comenzando a coordinar dos traducciones: una en una lengua de un país vecino, y aquella en el idioma en que hemos trabajado hasta el presente. En realidad, no siempre sabemos cómo proceder de la mejor manera. Sin embargo, podemos ver la mano del Señor controlando eventos, y sabemos que él es bueno y todo está bajo su control. A la vez, justo en el momento en que comenzamos la traducción, el Señor nos puso en contacto con un joven, un nuevo creyente en Jesús que empezó a ir a nuestra iglesia hace sólo unos meses. Él es parlante de una de las lenguas del grupo, y a pesar de no saber leer y de jamás haber estudiado, podría ser un excelente traductor bíblico. Tendremos que ver cómo se desarrolla esta situación en el futuro.

11

ENTRE LOS NÓMADAS DE MONGOLIA

Mi niñez fue estable y buena. Crecí en una familia de tradición católica, pero al llegar a la juventud, empecé a cuestionar mis creencias y busqué algo más que llenara mi vida. Conocí a Jesús como mi Salvador y Señor en mayo de 1986, mientras cursaba el tercer año de la carrera de arquitectura. Interiormente estaba buscando paz y sabiduría. Fue así que comencé a leer libros de origen oriental, especialmente de orientación budista, además leí algo del Corán. Aunque a través de estos libros conseguí aplacar parte de mi sed por sabiduría, me dí cuenta que no llenaban el vacío interior que tenía. Finalmente, llegó a mis manos una Biblia de origen católico y empecé su lectura por uno de los libros llamados «deuterocanónicos», el libro de nombre «Sabiduría». Después de un tiempo de lectura, leí el Nuevo Testamento, encontrando las enseñanzas de Jesús muy fuertes y directas como si me estuviera hablando personalmente. A través de sus enseñanzas comprendí claramente que tenía la necesidad de recibir perdón por mis pecados y de reconciliarme con Dios. El pasaje de Mateo 17:5, cuando Dios habla a los discípulos y les dice: «...este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia, a ÉL escuchad», fue el punto de mi conversión.

Inmediatamente, en mi cuarto, oré a Dios con las palabras que quería decirle y le pedí perdón. Algo inexplicable pasó y, en un instante, sentí como un rocío que recorría todo mi cuerpo, de la cabeza a los pies. Todo peso de angustia e incertidumbre se disipó,

dando lugar a un inmenso gozo y alegría. Ese día continué leyendo mi Biblia hasta muy tarde en la noche. Al día siguiente, del gozo que tenía, empecé a compartir lo que había descubierto con mis compañeros de la universidad. Algunos pensaron que estaba fuera de mí, pero otros escucharon.

Desde el instante de mi conversión recibí una carga de oración por otras personas que no conocían a Jesús. Al principio, no tenía muy claro cómo orar específicamente, pero le pedí al Señor Jesús que me enseñara a orar y a pedir conforme a su voluntad. El Espíritu Santo me enseñó a hacerlo. Primero oré por mis familiares inconversos, pero pronto empecé a orar por otras gentes y grupos de personas. Decidí comprar un mapa mundial pequeño y tracé un plan de oración que abarcaba la mayoría de las naciones que hoy día están incluidas en la llamada ventana 10-40 (entonces era junio de 1986, antes de que saliera publicado el movimiento AD 2000). Fue así que al poco tiempo de haber recibido a Jesús en mi hogar, en actitud de oración, decidí consagrarme para llevar el evangelio a otras partes. El primer lugar que vino a mi corazón fue un área llamada «impenetrable», en la provincia de Chaco, en el Norte de Argentina, donde nací y me crié. Pero al poco tiempo, y mientras oraba al Señor que me mostrara un lugar o país específico por el cual pedir, sentí una carga muy particular por el país de Mongolia.

Hasta ese entonces no asistía a ninguna iglesia evangélica. Sólo oraba, leía la Palabra y testificaba en la universidad. Habíamos iniciado, con otro compañero que era evangélico, un grupo de estudio bíblico. Era julio de 1986 cuando empecé a orar por Mongolia, y oré por los siguientes nueve años y medio, todos los días, hasta que Él me llevó a ese país.

Después de algunos meses de oración y con grandes deseos de llevar su Palabra, el Señor me mostró que debía integrarme a una iglesia. De tradición católica, no tenía contacto con grupos evangélicos, pero decidí orar y lo hice por unos tres meses. Mi principal mo-

tivo de oración era que el pastor de la iglesia donde me integrara no se opusiera a mi llamado misionero, o a que saliera al campo. En noviembre de 1986, conocí una iglesia que se llamaba «Iglesia Evangélica Bautista de Resistencia Sur», fui a una campaña evangelística que se hacía en la misma. Esa noche fuimos cuatro los que tomamos el paso de reconocer a Cristo públicamente como Señor y Salvador. El último día de campaña, el orador hizo un segundo llamado de consagración al ministerio y pasé inmediatamente. Al mes de asistir a dicha iglesia, fui bautizado públicamente. Compartí con el pastor Jorge Galli mi sentir misionero, y desde el primer momento recibí su apoyo y el de la iglesia. En ese momento la iglesia contaba con una membresía de unos 150 creyentes. Era una congregación que estaba en proceso de crecimiento y su pastor era el primero que esta iglesia tenía a tiempo completo.

A mediados del año 1987, asistí a un congreso misionero de Operación Movilización. Después de casi dos años de lucha interior con el Señor, fui llevado a dejar mi carrera profesional y tomar el paso de comprometerme completamente con las misiones. A principios del año 1988 me integré al equipo de OM que viajó por Argentina y Brasil.

Al regresar en ese año, la iglesia, sin conocer mi oración, me invitó a trabajar en la región boscosa del «impenetrable chaqueño». Estuve allí por espacio de cuatro años y diez meses. El Señor levantó una iglesia en la localidad de Fuerte Esperanza, y desde allí, con los hermanos del lugar salíamos a predicar. En la actualidad son aproximadamente seis iglesias constituidas y unos doce puntos de predicación.

En 1992 fui separado para el ministerio pastoral. Tuve un entrenamiento teológico «informal» de casi cinco años en el campo de misión, bajo la supervisión de varios pastores, entre ellos el pastor Marcelo Abel, exdirector y cofundador de CCMT (Centro Capacita-

ción Misionera Transcultural) y quien hoy dirige la escuela misionera llamada EMPI (Escuela Misionera y de Plantación de Iglesias).

En 1993, el Señor abrió las puertas para que viajara al extranjero con vistas a ingresar a Mongolia. Fui a Inglaterra, donde junto con un equipo de OM Internacional llamado LUKE (Love United Kingdom Evangelisation), estuve trabajando con grupos musulmanes y budistas en la ciudad de Birmingham y otras. En Inglaterra conocí a quien es mi esposa, Soon Im Lee, de Corea del Sur, con quien nos casamos en Argentina el 28 de julio de 1995.

En Octubre de 1994, desde Inglaterra partí al país de Kazajistán, donde continué mi labor con OM y desde allí se me permitió el ingreso a Mongolia por primera vez, en diciembre de 1994. Como no obtuve permiso de residencia, tuve que viajar varias veces por períodos cortos, desde Kazajistán.

Después de regresar a la Argentina y casarme en julio de 1995, fuimos comisionados al campo misionero de Mongolia por la iglesia bautista Resistencia Sur. Ingresamos a dicho país en marzo de 1996. Estamos sirviendo al Señor entre las tribus nómadas de Mongolia, hasta el día de hoy, marzo de 2005. Hemos servido al Señor en Mongolia por un espacio de casi diez años.

Tal vez lo más difícil en el proceso de adaptación cultural fue integrar un equipo multicultural. Actualmente pertenezco a WEC Internacional, y en nuestro equipo de trabajo en Mongolia tenemos integrantes de varios países, entre ellos Alemania, EUA, China (HK), Corea del Sur, Brasil, Australia, Argentina, Venezuela y de Mongolia mismo. Esto hace que el equipo de trabajo sea muy particular, especialmente porque cada miembro tiene su forma e idiosincrasia peculiar de sus lugares de origen. El trabajar en este tipo de ambiente hizo que la adaptación a la cultura mongol fuera más suave y leve. Tener un matrimonio transcultural (latino-asiático) y vivir en el campo misionero fue una experiencia difícil de sobrellevar en de-

terminadas ocasiones. Además, en el lugar donde nos toca ministrar no hubo electricidad durante los primeros años de servicio, y todo otro tipo de infraestructura es muy básica. Las temperaturas de invierno alcanzan los -45 Celsius, lo cual hace que sea casi imposible moverse en determinadas épocas del año. Mi lugar de origen en Argentina tiene temperaturas de hasta +52 Celsius. El Señor tiene sentido del humor al llevarme de un lugar muy caliente a otro extremadamente frío.

Los mayores conflictos culturales, como lo anticipé, se dieron en mi equipo y dentro de mi matrimonio. Como latino, mi orientación cultural es a pasar tiempo con las personas, pero la orientación cultural asiática de mi esposa es «de ver el trabajo hecho y terminado en el tiempo indicado». En Mongolia, las personas se orientan hacia el momento y la amistad, con quienes siento un gran apego e identidad.

Lo que más me impactó en el campo fue ver el resultado de las oraciones fervorosas de los creyentes. Mongolia, siendo un país budista, tiene mucha opresión espiritual. Cierta vez, cuando recién se iniciaba la iglesia, una de las jóvenes líderes, de tan sólo dieciséis años de edad, fue obligada por su maestro a postrarse ante una imagen. No sabiendo qué hacer, oró por sí misma y el Señor le dijo que obedeciera a su maestro, pero al inclinarse ante la imagen, un viento sopló y ésta se derrumbó al piso. Creyendo el maestro que algo no había salido bien, le ordenó hacerlo nuevamente, con el mismo resultado de antes. Finalmente, y después de tres intentos fallidos, el maestro dijo: «Seguramente en vos hay un espíritu diferente y más poderoso», y la dejó ir.

El área donde vivimos es una zona montañosa. En el país sólo hay tres hechiceros (chamanes) muy poderosos y uno de ellos vive en una montaña cercana al poblado donde vivimos. Pero desde hace un tiempo atrás, y en común acuerdo con todos los creyentes de la región, hemos estado orando que el Señor intervenga. Reciente-

mente, y por testimonio de gente no creyente, recibimos la noticia de que este chamán se mudaba a otra región del país porque decía «haber perdido sus poderes milagrosos», por alguna razón que no sabía.

Nuestra tarea principal es plantar iglesias. Con el equipo de trabajo tenemos como propósito principal alcanzar a las tribus nómadas del Oeste de Mongolia (no puedo determinar el lugar por seguridad). A través de una ONG, hacemos proyectos de desarrollo comunitario. Dos de estos proyectos específicos están orientados hacia los nómadas. Por medio de los mismos entablamos contacto con ellos, y en la medida que se nos abren las puertas, les testificamos del Señor. Además, apoyamos a los creyentes locales para que testifiquen a sus familiares y amigos que aún viven como nómadas.

Al presente, en el poblado donde vivimos se han formado cuatro iglesias. Mensualmente tenemos una reunión conjunta con ellas. Pero, en especial, colaboramos directamente con una de ellas que tiene aproximadamente unos setenta creyentes, que mayormente son gente adulta que oscila entre los cincuenta y setenta años.

Culturalmente, Mongolia tiene un gran respeto por las personas mayores y por eso, junto con el liderazgo de la iglesia, salimos a visitar a los nómadas. Al presente hay dos o tres grupos nómadas de creyentes. El trabajo con ellos es difícil por su condición de vida nómada.

Nuestra meta de oración es contar para el año 2008 con por lo menos seis grupos nómadas. Además, queremos ver iniciada para esa fecha nuevas iglesias en por lo menos cinco villas que son cabezas de distrito. Por el momento hay tres iglesias en proceso de inicio. Todas ellas están a una distancia de 100 a 200 kms. del lugar donde residimos.

Una de las mayores frustraciones del campo tiene que ver con el proceso de identidad con la gente local. Por un lado, «abrazar toda la cultura mongol» nos lleva a perder parte de nuestra propia identidad, y al mismo tiempo descubrimos que «nunca seremos» como mongoles. Sólo nos queda aceptar nuestra posición de quiénes somos en Cristo y ministrar con un corazón humilde y sincero para gloria de Su nombre.

Por último, la falta de cuidado pastoral al misionero y su familia (especialmente entre los latinos debemos tener en cuenta a las esposas e hijos del misionero) es una de las grandes carencias que tenemos en el campo de misión. Se hace mucho énfasis en el «ir», pero muchos salen sin la debida capacitación y apoyo de equipo que precisan para «permanecer» en el campo.

12

BUENAS NOTICIAS PARA GUINEA

Testimonio misionero de Antonio Mba amui (seudónimo), misionero español en Guinea Ecuatorial.

Tengo el privilegio de estar casado con Concepción desde febrero de 1989, y en la actualidad contamos con tres hijos: Neri de catorce años, Loida Nvamnzama de diez y Francisco Caleb de nueve. Los dos últimos nacidos en el campo misionero; mi edad es de cuarenta y seis años y la de mi esposa de treinta y nueve.

Desde que nos casamos, mi esposa y yo fuimos conscientes y quisimos comprometernos a servir al Señor en cualquier lugar donde nos enviara. Ambos éramos miembros de la iglesia Buenas Noticias, una fraternidad de iglesias carismáticas e independientes de España. Como el propio nombre de la iglesia lo indica, el énfasis principal de la iglesia es evangelístico, así que pensábamos que estaríamos involucrados en la extensión del Reino en cualquier lugar o rincón de España. En aquellos momentos, no podíamos ni imaginar nuestro futuro en una misión transcultural, como la que actualmente desarrollamos.

Nuestra iglesia nació en 1980, con el propósito de evangelizar y dar el mensaje de salvación a un barrio de Madrid llamado Las Águilas, y que por ese tiempo contaba con 70.000 personas y ninguna iglesia evangélica. Fui uno de los pastores fundadores de la mis-

ma cuando tenía veintiún años. La iglesia empezó en un pequeño departamento de cuatro habitaciones, y pronto empezamos a dar fruto y a crecer, pues salíamos a evangelizar todas las semanas.

En este ambiente crecí espiritualmente y fui madurando en el ministerio. Nunca olvidaré una palabra muy clara de Dios que recibí cuando aún era soltero, a través de un hermano misionero argentino recién llegado a nuestro país. La palabra decía, entre otras cosas, que yo saldría de misionero a otra cultura y que tendría que aprender una nueva lengua. Esta palabra me dejó sorprendido y solamente se me ocurrió seguir el ejemplo de María, la madre de Jesús, según lo registra Lucas en su evangelio: «Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Luc. 2:19).

Años después, en 1990, un misionero de los Estados Unidos visitó nuestra iglesia y nos compartió que estaba de camino a Guinea Ecuatorial, pues por primera vez en la historia se le había autorizado a la iglesia evangélica abrir un seminario bíblico y teológico en dicho país. Realmente, fue por el testimonio de este hermano y la correspondencia que desde entonces mantuve con él que yo fui confirmado en mi llamado a este campo misionero en particular. Los testimonios compartidos por él sobre las salidas evangelísticas que hacían y el hambre por la palabra de Dios demostrada por los nativos guineanos se fueron clavando muy profundamente en mi corazón. Al compartir esto con mi joven esposa, ella me animó a continuar orando y me dijo que si Dios nos guiaba, ella sin duda alguna me acompañaría obedeciendo el llamado del Señor.

Cuando comenté mis sentimientos a los otros pastores de la iglesia, pensé que lo tomarían a broma y simplemente lo desecharían como una locura mía, pues pensar en ser enviado como misionero por la propia iglesia española sonaba como una verdadera locura. La respuesta unánime que me dieron me dejó aún más perplejo: «Nosotros no podemos decirte ni sí, ni no, pues esto debe ser algo personal. De lo que sí estamos seguros, es que si alguien puede hacerlo, ese

eres tú». Continuamos orando por un tiempo y al ver que teníamos «luz verde» del Señor y del liderazgo de la iglesia, buscamos asegurarnos al 100% en la voluntad del Señor. Pensamos que lo mejor sería realizar un viaje exploratorio al futuro campo misionero. Por las dificultades económicas me vi obligado a realizarlo sólo, pero mi esposa me aseguró que yo sería sus ojos y que ella me esperaría orando por el asunto. En 1992 pude efectuar este viaje y realmente vi las puertas abiertas en el país africano, tan claramente que tuve que confesar ante la iglesia nacional que si Dios lo permitía, mi familia estaría viviendo entre ellos en el plazo de un año.

El «año preparatorio», levantando visión misionera y recursos para nuestro sostenimiento fue especialmente difícil y muy aleccionador, pues en dos ocasiones Dios me libró milagrosamente de pasar prematuramente a su presencia. La primera de ellas sucedió cuando íbamos a visitar una iglesia. Estuvimos a punto de ser aplastados en nuestro vehículo por un camión de gran tonelaje y Dios nos enseñó que en ese momento tendríamos que estar en su presencia. Comprendimos que vivíamos «de prestado», por la misericordia de Dios, así que decidimos servirle todos los días de nuestra vida, sin importar si vivíamos o moríamos, pues en realidad, si el Señor no nos hubiese liberado del seguro accidente, ya debíamos haber pasado al reposo eterno.

La segunda oportunidad ocurrió un tiempo después, cuando enfermé sin saber lo que estaba pasando conmigo. Dios me mostró que lo que tenía era malaria, una enfermedad totalmente desconocida para mí (enfermedad que produce en el tercer mundo más de dos millones de fallecimientos al año). Me ingresaron al hospital, y como una «cobaya humana», hicieron investigaciones conmigo por muchos días, cuando en realidad yo podía fallecer en setenta y dos horas. En esa habitación del hospital, acompañado por mi esposa e hijita que entonces tenía un año, tuvimos que tomar la decisión más dura de nuestra vida: ¿Estaríamos dispuestos a salir al campo misionero sabiendo que en cualquier momento uno de nosotros podría ser

llamado a la presencia de Dios? Llorando le dijimos a Dios que si Él lo permitía, con la ayuda de su gracia, estábamos dispuestos. De esta manera, cuando llegó el tiempo, en octubre de 1993 nos trasladamos al África.

La adaptación cultural fue buena y de forma paulatina nos integramos a la iglesia nacional, involucrándonos rápidamente en la evangelización de Guinea. Los choques culturales naturalmente sucedieron, pues en realidad los valores tradicionales europeos y africanos son diametralmente opuestos. Algo que nos resultaba muy chocante era entender el ritmo del tiempo y el valor, prácticamente nulo, que tiene el reloj en África. «Un día, no son todos los días»... nos decían, y para hacer avanzar el trabajo pasaban días y días. Con nuestra mentalidad occidental, no podíamos entender la falta de atención hacia los niños, la poca higiene, etc., etc. Poco a poco nos íbamos adaptando.

Algo que aprendimos y apreciamos mucho fue, por ejemplo, la grandeza de su generosidad y hospitalidad extrema, aun en medio de su pobreza; esto que para ellos es cultural y tradicional es de un valor extraordinario para nosotros, acostumbrados a vivir en un entorno social tremendamente individualista y egoísta. Otra cosa que nos dejó también muy marcados e impresionados es lo sensibles que eran al mundo espiritual, propio de una sociedad animista. Afortunadamente, la relación con otros misioneros nos ayudó mucho en este aspecto, nunca dejaremos de dar gracias a Dios por la vida y la amistad del matrimonio misionero Ricardo y Esther Collindridge, que vez tras vez nos animaron y enseñaron a comprender mucho mejor a los africanos. En realidad, todo lo debíamos hacer por amor y aceptar el hecho de que en África no se puede trabajar al mismo ritmo que en Europa, y que inicialmente la mayor parte de nuestro esfuerzo y trabajo lo tendríamos que dedicar a sobrevivir y no tanto al ministerio. El sólo hecho de convivir entre ellos de forma consecuente ya era un testimonio válido y suficiente, según lo registran las escrituras (2ª Cor. 3:2-3).

Llevamos sirviendo en este campo desde 1993 y posteriormente, en 1997, se nos unió mi hermana para ayudarnos y dirigir la obra social que como misión desarrollamos: El Proyecto Mwana, un programa de apadrinamiento que beneficia a 200 niños en Guinea Ecuatorial. Actualmente, una pareja más joven se ha unido al equipo y tenemos también unos acuerdos de cooperación con otra misión de EUA, La Iglesia del Pacto, que ha enviado a Guinea otro matrimonio. En los últimos años he estado supervisando este precioso equipo misionero y mi ministerio ha pasado de ser un ministerio pionero, discipulando y ayudando a plantar iglesias, a ser un ministerio de consejería, supervisión y enfocado al ministerio apostólico.

Hemos tenido experiencias y batallas muy impactantes, tanto en aspectos físicos y naturales como en el área espiritual. Muy significativo fue el hecho de tener dos hijos nacidos en África, el seguimiento del embarazo y el parto en medio de tantas carencias lo comprobaron cuando nació nuestra hija Loida Nvamnzama (don, o bondad de Dios) en lengua fang. Pasamos tan sólo siete horas y media en el hospital, incluyendo el parto y post-parto. Como no disponíamos de vehículo, mi esposa entró y regresó caminando; y al no disponer de nada en este hospital, tomamos una decisión: «Si Dios nos da otro hijo aquí, nacerá en nuestra casa».

Un año después, en 1996, nació en casa nuestro hijo y todo fue mucho mejor. Dios nos ha librado de la muerte en muchas ocasiones por diferentes enfermedades, pero en todas las cosas podemos exclamar ¡¡EBEN-EZER!! Hasta aquí, nos ayudó el Señor.

Una batalla espiritual tremenda la pasamos en el lugar donde vivíamos anteriormente. En el patio vecino, una secta sincretista africana empezó a rendir culto a los ángeles, espíritus, demonios, etc. Estos lugares son denominados «curanderías». Por mucho tiempo nuestros hijos y nosotros tuvimos pesadillas, robos en la casa y experiencias muy fuertes, como lo que nos contó un apreciado her-

mano guatemalteco que nos visitó y que sintió que durante la noche «alguien» o «algo» quiso asfixiarlo con la almohada mientras dormía.

Mi esposa y yo sentíamos que desde este lugar se lanzaban maldiciones tremendas sobre nosotros y nuestras vidas; aunque orábamos al respecto, parecía que nada pasaba. Cansada de esto, mi esposa me dijo: «voy a entrar en oración y ayuno hasta que esta curandería salga de este lugar». Mi sorpresa fue mayúscula cuando pude comprobar con mis propios ojos que esto sucedió al tercer día; literalmente desmontaron la curandería y la sacaron del lugar.

Lo más precioso es estar involucrado en la extensión del Reino en este país. He podido ver cómo veinte iglesias son edificadas, la mayoría de ellas levantadas por nosotros mismos o con nuestra ayuda. Algunas son como pequeñas «células» que se reúnen en los poblados en medio de la selva, otras son más grandes y fuertes. En estos doce años se han levantado y ordenado tres pastores nacionales, con los que trabajamos hombro con hombro, y nuestras expectativas futuras son poder ayudar y ver establecidas cien iglesias en este hermoso y necesitado país africano.

Un nuevo proyecto en el que estamos involucrados lo denominamos «Proyecto Timoteo» (2ª Tim. 2:2). Será una escuela de discipulado integral para que los jóvenes de Guinea se puedan formar y sean enviados a evangelizar y a levantar nuevas iglesias. Nuestra meta es empezar el primer curso a principios de 2006.

Algo que me deja muy frustrado es no poder contar con la ayuda de más obreros o discípulos preparados, pues cuando damos testimonio o proyectamos alguna película por los pueblos, algunas personas hacen profesión de fe y reciben a Jesús como Señor y Salvador personal. Al aconsejarlos y orar con ellos y despedirnos, suelen hacerme el mismo comentario: «pastor Antonio, qué bueno ha sido, ahora hemos recibido a Jesús y sabemos que tenemos una nue-

va vida, ¿Cuándo nos visitarás de nuevo?» La mayoría de las veces tengo que bajar mi cabeza avergonzado, pues por falta de tiempo o de fuerzas, y sobre todo de recursos humanos, no puedo comprometerme y el fruto espiritual se pierde.

Espero que este testimonio desafíe tu vida y mueva tu corazón en obediencia a Dios. Él nos ha llamado a todos, la gran comisión no es para unos pocos y todos podemos hacer algo para lograr que se cumpla. Creo que el único problema de Dios es contar con corazones obedientes y dispuestos para ser enviados. ¡¡A Dios sea la Gloria!!

¡¡ PROCLAMANDO BUENAS NOTICIAS!!

13

¿POR QUÉ NO VINIERON ANTES?

Les podría decir que nuestro llamamiento hacia las misiones fue la continuación muchos trabajos evangelísticos que hacíamos en varios lugares de Brasil, pero la manera que Dios usó para llamarme a las misiones transculturales fue por medio de algunos sueños en que me veía en muchos lugares, en el continente africano.

Yo ya había estudiado el curso de teología en Brasilia, después me fui para la Misión Antioquía en Sao Paulo para estudiar el curso de preparación misionera. Dejé mi trabajo de funcionario público y un curso que estaba haciendo en la universidad. Fue en el curso de misiones transculturales donde conocí a mi esposa.

Nuestro viaje de práctica misionera fue en dos regiones del Paraguay. Después, en el congreso de COMIBAM Internacional en Sao Paulo, en el cual pude participar, estábamos muy cansados y llenos de planes para irnos al campo misionero en África, pero todavía no teníamos ningún país específico. Habíamos estudiado mucho acerca de la religión musulmana y su influencia en el continente africano, por lo que fuimos retados por Dios a irnos a una región lo mas pronto posible. En aquel tiempo, las iglesias brasileñas no sabían casi nada acerca de los musulmanes.

Teníamos seis meses de casados cuando el pastor Jonathan Santos, Presidente de la Misión Antioquia y del Valle de la Bendición, nos invitó a trabajar con niños abandonados, donde cuidába-

mos a los niños por medio de una entidad que nos ayudaba con salud, educación y, sobre todo, con la idea de un hogar para ellos. En total, con nosotros vivían quince niños que oscilaban entre los seis meses y siete años de edad. Fue una semilla de lo que hoy se llama «Ciudad de los Niños» en el Valle de la Bendición. Después de un año en este ministerio, llamamos a una pareja para que tomara nuestro lugar en la casa hogar de los niños, pues nuestro mayor deseo era ir al campo transcultural.

Siempre bromeo diciendo que mi descendencia fue de muchas bendiciones para muchas familias de la tierra, porque mientras yo salía de mi tierra y de mi parentela hacia un lugar que Dios todavía tenía que mostrarme, mi esposa era estéril (tal como Sara), y yo no lo sabía.

Salimos de la casa hogar y nos fuimos a vivir con nuestro pastor en Sao Paulo, quien tenía una pequeña congregación presbiteriana. Todavía no tenían templo y sólo eran seis familias, sin embargo, tenían un local fijo donde hacíamos las reuniones. Doy gracias al Señor porque esta pequeña congregación abrió su ojos a la necesidad transcultural, así como a la necesidad local. La iglesia nació misionera.

Después de un tiempo, viajamos a Inglaterra para estudiar inglés antes de ir al África, que sería nuestro campo de trabajo misionero. Sin embargo, todavía no teníamos un lugar específico en nuestra mente. Realmente, salimos de nuestra tierra hacia un lugar que Dios nos mostraría. Más tarde, descubrimos que el primer país donde trabajaríamos era Mozambique.

Mozambique estaba en plena guerra civil. Todavía hoy el país sufre las consecuencias de la guerra. Nuestro primer trabajo fue en un orfanato en la ciudad de Chimoio, después estuvimos en Beira, trabajando con más de 400 niños juntamente con una misión brasileña, y finalmente en Bemba, donde estuvimos ayudando en la divul-

gación del evangelio entre los pueblos no alcanzados al norte del país.

Nuestra llegada al continente africano fue en 1989. Habría sido un poco traumático, pero el ánimo de trabajar para el Señor parecía que nos tenía un poco anestesiados. Entramos al continente por Zimbabwe. Aterrizamos felices en Harare; el avión se fue y nosotros nos quedamos cinco horas en una sala que sólo tenía una mesa. Los funcionarios no sabían que nosotros, como brasileños, no necesitamos tener visa para entrar a Zimbabwe; y como no había ningún avión que saliera para enviarnos a cualquier parte del mundo, nos dejaron en la sala. Los que llegaron a recogernos al aeropuerto se fueron, pensando que no habíamos llegado en aquel vuelo. En muchos lugares de África la ley no es dictada para los funcionarios, sino que el funcionario es la encarnación de la ley y se hace lo que él dice.

Finalmente salimos, y la persona que nos iba a poner en un bus para la frontera de Mozambique también apareció. Después de algunas horas en el bus, que también estaba lleno de animales, llegamos a la agradable ciudad de Mutare, la más cercana a la frontera de Mozambique. Dormimos una noche allí y al día siguiente salimos rumbo a Mozambique.

Nuestro primer trabajo en Mozambique fue con niños que eran víctimas de la guerra y muchos de ellos eran huérfanos. Era un trabajo voluntario para una organización del gobierno que hace obra social. Nuestro trabajo era hacer un historial de cada niño para que pudieran volver a vivir con sus familiares. Llevábamos niños enfermos al puesto médico y hacíamos todo el seguimiento necesario. Durante este tiempo, Dios nos dio la oportunidad de hablar de Cristo a los funcionarios, familiares y también a los niños auxiliados. Dábamos cariño y un poco de alegría a aquellos pobres corazoncitos que ya tenían las huellas de la guerra. Los ataques de la guerra hacían que hubiera mas huérfanos, pero lo más triste era ver la miseria en la que se encontraban aquellos niños, sin nadie que velara por ellos, sin

esperanza alguna para vivir; pienso que sólo vivían por el instinto humano de supervivencia. Muchos morían aún en el orfanato. Una de las cosas más tristes que vimos en algunos hospitales y en la casa hogar, fue que cuando había ataques, no daba tiempo para que las personas limpiaran ni la sangre de los heridos que estaban en el piso, imagínense las demás cosas.

En este tiempo hemos podido ayudar algunas iglesias locales con predicaciones de la palabra de Dios. Conocimos a una pareja de musulmanes que nos ayudó muchísimo a conseguir comida, pues el hambre era fuerte en ese lugar. Me acuerdo que durante unos días, nuestra comida fue mangos pequeños que vendían en la aldea donde vivíamos. Esta pareja fueron los primeros adultos musulmanes que aceptaron a Jesús por medio de nuestro ministerio.

La región, a pesar de ser en gran mayoría de la tribu Shona, también tenía personas de otros lugares que venían huyendo de la guerra.

En un gran robo que hubo en nuestra casa, se llevaron ropa y casi todo lo que teníamos, gloria Dios que no se llevaron nuestros pasaportes. Después de algunos días, la policía llegó a nuestra casa y me llevaron detenido para un interrogatorio. Ellos pensaban que yo era un tipo de espía porque estaba en aquella región donde no había extranjeros.

Por motivos de seguridad, tuvimos que mudarnos a otra provincia, pasamos algunas dificultades como enfermedad y falta de comida y otra vez nos robaron. Pero estas y otras dificultades son pocas cuando uno vive en una región de guerra y hambre. Lo más importante es que el nombre del Señor fue predicado a aquellos pueblos sufridos y aún más, los niños llegaron a conocer a Jesucristo.

En este nuevo lugar llamado Beira, hemos ayudado en una misión trabajando con niños, dando clases bíblicas, distribuyendo

alimentos, enseñando en el seminario bíblico, capacitando maestros para niños, evangelizando y enseñando en las iglesias.

En el año 1991, concentramos nuestros esfuerzos en la región norte del país, un lugar menos evangelizado, al sur de la línea del Ecuador, donde viven los makuas, makondes y kimuanes, pueblos que todavía son considerados no alcanzados por el evangelio. Nosotros éramos los únicos misioneros extranjeros en aquella ciudad. La región era dominada por los islámicos y las necesidades materiales eran grandes. Las pocas iglesias entre estos pueblos todavía necesitaban mucho de la enseñanza bíblica y por estos motivos fuimos muy bien recibidos. Hemos ido a muchas aldeas en esta provincia para fortalecer pequeñas comunidades cristianas, de la gran mayoría musulmana. Nosotros fuimos el contacto para recibir del Brasil materiales para estos pueblos, como grabaciones en portugués, libros, CD's y casetes para los programas de radio.

Por el mismo motivo de la guerra, esta provincia abrigaba una mezcla de personas de otras tribus. Podíamos escuchar muchos idiomas como el makua, el makonde, el kimwani, y hasta el swahili de Tanzania, que hace frontera con Mozambique.

En febrero de 1993 Dios nos dio un regalo. Nuestra primera hijanació. ¿Recuerdan que les comenté que mi esposa era estéril? Ella todavía está de acuerdo con los doctores, aún después de que nacieron nuestras tres hijas.

En el tiempo que estuvimos allí, recibimos la visita de unas agencias misioneras norteamericanas e inglesas, que venían a hacer una encuesta con nosotros sobre cómo vivir en esa región en la época tan difícil en que la energía eléctrica y el agua faltaban. Gracias al Señor pudimos ser de contacto para ellos, para que enviaran misioneros a la región.

Hemos hecho un fuerte trabajo de evangelismo personal con los descendientes de indios y paquistaníes que practican el islam de manera más ortodoxa que el islamismo folklórico de los musulmanes makuas, que eran más susceptibles a convertirse.

Lo que más me impresionó en el norte de Mozambique, fue que un pastor mozambiqueño me llamó para que lo ayudara con la enseñanza con nuestros hermanos en la región de la tribu makonde. Esta es una tribu donde la mayoría es animista. Este pastor hacía casi cinco años que les había llevado el evangelio a ellos y ahora pedían ayuda. Viajar en las aldeas era muy difícil, sobre todo por la falta de comida, pero vale la pena estar en medio de personas que están sedientas del evangelio. A pesar de que sólo tenía cinco años de haber llegado a ellos, ya había iglesias en veintiún aldeas distintas. Eso es un verdadero milagro de Dios.

Regresamos al Brasil por un tiempo de descanso ya que estábamos muy cansados. Habíamos vivido dos años en distintas regiones y estábamos muy enfermos. Los cuatro años en Mozambique fueron muy difíciles. Por todo lo que hemos pasado, parecía que habían sido más años.

En mayo de 1996 volvimos a ser enviados por nuestra iglesia por un tiempo más de trabajo misionero en el continente africano. Esta vez hemos estado nueve años. Ahora trabajaríamos en la dirección de una base en el Sur de África y, gracias al Señor, ahora doce países han sido bendecidos por medio de misioneros entrenados y orientados por la base. El entrenamiento tenía la meta de trabajar entre los musulmanes y todos estudiaban el idioma inglés.

La base servía como campo entre el misionero, la Misión Antioquía, la Agencia Presbiteriana de Misiones Transculturales y la Misión para el interior de África. Muchas veces se usaba como base para otros misioneros de otras organizaciones que pasaban por el Sur de África.

Desarrollábamos un trabajo juntamente con las iglesias locales, principalmente con la «Benoni Evangelical Church», comunidad portuguesa, y la «Merebank Presbyterian Church», comunidad india en Durban, donde fui pastor. Esta comunidad fue fundada por alguien que había sido hindú y otros que habían sido musulmanes. Hicimos un programa de radio para los países africanos de lengua portuguesa por medio de la Radio Transmundial; y en la ciudad de Durban, juntamente con los misioneros, hemos evangelizado a los musulmanes e hindúes de la región.

Volvimos de África en 2004 porque no hemos logrado la renovación de nuestras visas, mientras tanto, estamos aguardando nuestro próximo campo misionero; animo a las iglesias latinoamericanas para que hagan misiones.

Jamás olvidaré una pregunta hecha por un anciano de una pequeña aldea makonde en el norte de Mozambique, donde estuve ayudando a las iglesias recién plantadas. Primero, él me preguntó: «¿Cuántos años tiene en su país el evangelio?» Y yo le respondí: «más de cien años». Entonces él me dijo: «**¿Por qué no vinieron antes?**»

14

MI TESTIMONIO

Junto con un hermano gemelo, soy la tercera de seis hermanos y hermanas. Crecimos juntos en un hogar donde durante las noches, antes de irnos a dormir, mi madre solía leernos historias de la Biblia. Mi padre, por su parte, tomaba tiempo para orar por cada uno de sus hijos, pues su deseo era que recibieran a Jesucristo como su Salvador. Aunque recibí a Jesucristo como mi Salvador cuando tenía más o menos trece años, no fue hasta un poco después de mis veinticinco años que me di cuenta de esta necesidad. Comencé a meditar en esto y me di cuenta de que necesitaba ser discipulada.

Debido a que escuchaba diferentes cosas acerca de Dios, un día decidí que estudiaría la Biblia para aprender y conocer más de Él. Una amiga me habló de la escuela de Misiones Betania (EMB) en Puerto Rico, y me dijo que en este lugar podría estudiar la Biblia. En ese tiempo trabajaba como enfermera en el Centro Médico de Puerto Rico. Así que por un período de cuatro años, tomé cursos durante las noches, no sólo de la Biblia sino que también tomé cursos en misiones. De veras que fue un tiempo muy especial. Sin embargo, yo no estaba interesada en misiones y mucho menos en misiones transculturales. Durante mi tiempo en la escuela, escuché el testimonio de misioneros que servían en diferentes ministerios, y aunque llamaban mi atención, no sentía que Dios me estaba llamando a servir en ninguno de estos ministerios. Me dediqué a servir en mi iglesia local y ayudé en lo que me necesitaban, a tal grado que me en-

contré haciendo mucha actividad religiosa para la iglesia. Pero no me sentía satisfecha.

En una ocasión, mientras tomaba un curso de alfabetización en la EMB, yo me sentía muy inquieta y sabía que Dios quería decirme algo. La maestra comenzó a cantar un cántico en un idioma del Perú y por alguna razón sentía deseos de llorar, aunque no entendía el contenido. Pero dentro de mi corazón sabía que había un mensaje para mí. Cuando le pregunté a ella qué significaba aquel cántico, me respondió que su significado era, «Yo sé que Dios hará un camino para mí, y si vivo en santidad, Él me guiará. Yo sé que Dios hará un camino para mí». Comencé a llorar y a partir de aquel momento, le oraba al Señor para que me guiara, pues me sentía un poco confundida.

Mi llamado ocurrió un día en que estaba leyendo la Biblia. Era un día tranquilo y hacía mis devociones personales, cuando sentí que el Señor me llamó a través del capítulo 42 del libro de Isaías; especialmente los versos seis y siete (lea el capítulo). De veras sentí que Dios me tomó de la mano. Lo que nunca entendí fue cómo, o en cuál manera, iba yo a hacer lo que dice en Isaías 42. Pero descubrí que era Dios quien iba a hacerlo. Sin embargo, yo sabía que ya no podía escapar del llamado de Dios.

Un tiempo después, asistí a un congreso de misiones en Orlando (COMHINA '94). Durante una de las sesiones plenarias, el predicador Rudy Girón, luego de su mensaje, lanzó un reto a todos los presentes sobre el llamado que Dios nos hace a servirle en las misiones transculturales, y recuerdo que dijo que pasaran aquellos que de veras habían sentido que Dios los había llamado. Así que pasé al frente con muchas personas más, y todos oramos y lloramos de regocijo pero también teníamos incertidumbre. Durante los tiempos libres del congreso, tuve la oportunidad de visitar las mesas donde diferentes agencias misioneras y ministerios tenían información disponible acerca de las diferentes formas de servir en un minis-

terio transcultural. A la verdad que nada llamó mi atención, con excepción de una mesa donde había información sobre la traducción de la Biblia y la alfabetización. Llevé conmigo alguna información sobre la agencia misionera que lleva a cabo este ministerio, los traductores de la Biblia Wycliffe, y sobre el trabajo de traducción bíblica como tal.

Cuando llegué a Puerto Rico, envié una carta a las oficinas de Wycliffe para solicitar información sobre el ministerio de la traducción de la Biblia y de la alfabetización, la cual recibí inmediatamente. Al cabo de unos meses, envié mi solicitud para hacerme miembro, pero me tomó cuatro años de preparación sólo para salir a entrenarme. Durante el tiempo de preparación, emprendí varios viajes de corto plazo para tener alguna experiencia transcultural. Por tres veranos consecutivos tuve la oportunidad de visitar y servir a grupos indígenas en México, Venezuela, Perú y Guatemala. También en estos cuatro años terminé de cuidar a mi padre, pues él falleció en 1996. Además, tuve que esperar respuesta de los líderes y del pastor de mi iglesia local.

Una vez ya estaba lista, me mudé a Dallas, Texas y recibí entrenamiento en lingüística y alfabetización por un período de dos años. Además, recientemente completé otros cursos necesarios que me capacitan para trabajar en la traducción bíblica. En 2001, cuando ya tenía el apoyo económico que necesitaba, comencé a servir en México como especialista en alfabetización. Para finales de 2002, junto a una colega de Alemania, comencé a trabajar en un proyecto de lenguaje¹ entre uno de los grupos étnicos de México. Durante ese tiempo hasta el presente, hemos estado conociendo a estas personas, cómo viven, dándonos a conocer, aprendiendo el idioma y haciendo

¹Un proyecto de lenguaje es un trabajo de lingüística que se hace en un equipo de dos personas, o más, entre un grupo étnico. Después de haber estudiado y aprendido el idioma, el trabajo de lingüística consiste en hacer un análisis descriptivo del sistema de sonidos, gramática y otros niveles como lo es el discurso. Luego de todos estos pasos, se lleva a cabo la traducción bíblica.

un análisis del mismo. También hemos desarrollado un alfabeto y materiales de lecto-escritura para animar a la gente a leer en su idioma. Si ellos tuvieran acceso a muchos materiales de lecto-escritura en su idioma y se animaran a leerlos, estarían preparados para leer las Escrituras. Así que, como parte del proyecto, una de las cosas que hacemos es crear y publicar materiales de lecto-escritura.

Aunque el modo de vida de este grupo étnico y el mío son diferentes, no siento que he tenido serios problemas de adaptación. Creo que lo más difícil para mí ha sido aprender su idioma, pues no es solamente buscar el equivalente de palabras, sino tratar de pensar en su contexto cultural. Por ejemplo, en ocasiones los mixtecos repiten frases o palabras para dar énfasis. Su saludo puede incluir otras palabras, que si no sabemos porqué las usan, las interpretaríamos de una forma diferente. La primera vez que una mujer mixteca nos saludó, dijo: «Me voy, pero luego regreso». Estábamos muy contentas, pues a su regreso podríamos platicar un poco con ella para conocerla. Ella nunca regresó. Entonces descubrimos que es parte de su saludo y despedida. Así que aun continuamos y continuaremos aprendiendo el mixteco.

En el área espiritual, he tenido que batallar con diferentes situaciones, especialmente con mi llamado. Al principio no estaba segura si era sólo una emoción. Y cuando algo no me salía bien, pensaba que estaba equivocada, pensaba que Dios no me había llamado. Antes de comenzar mi entrenamiento en lingüística, no sabía las destrezas necesarias para trabajar en la traducción de la Biblia y alfabetización. Desde que supe de lo que se requería, pensaba continuamente que había tomado la decisión errónea. En ese tiempo no había un entrenamiento formal de lingüística en español. Así que para ir a mi entrenamiento en Dallas, tenía que estudiar inglés primero, pues lo que yo sabía acerca del inglés no era suficiente para recibir instrucción en lingüística. También necesitaba destrezas básicas en computadoras. Me di cuenta que necesitaba aprender muchas cosas más, y sobretodo, que iba a necesitar apoyo económico cuando salie-

ra al campo de servicio. Sentía mucho miedo y pensaba que no iba a lograr nada. Pero un día, llegaron unos colegas quienes han servido en diferentes ministerios y me platicaron sobre sus testimonios. Y entonces me di cuenta que a pesar de que hay candidatos que de veras cumplen los requisitos y que Dios los llama, también había muchos candidatos como yo, personas que se enfrentarían a una nueva experiencia. Así que yo no era la única persona en esa situación. Ellos me animaron a orar por todos mis miedos y a continuar en lo que Dios me había llamado. Así que continué recibiendo entrenamiento en lingüística en el Centro Lingüístico Internacional en Dallas, y con mucho esfuerzo lo terminé. Aprendí las destrezas que necesitaba en computadoras y cuando salí hacia México, obtuve el apoyo económico que necesitaba. Como seres humanos, pensamos en lo que no tenemos, en lo que nos falta. Sin embargo, Dios piensa en lo que tenemos y lo pone a funcionar, si es que así lo quiere Él. Esto me recuerda la misión de los doce espías;² todos miraban las dificultades que no habrían podido vencer, con excepción de Josué y Caleb. Éstos últimos miraron hacia el futuro, miraron a lo que Dios podía hacer.

Recientemente mi compañera de trabajo y yo completamos los requisitos necesarios para comenzar la fase de traducción bíblica. La tarea que nos resta ahora, además de las ya mencionadas, es orar por la formación de un equipo de trabajo que incluya diferentes personas que hablen el idioma nativo y comenzar la traducción. Esto requiere de mucho tiempo, revisiones y, sobretudo, de mucha oración por parte nuestra y de equipos que oren por este ministerio.

Quiero finalizar señalando que hoy en día tengo que continuar aprendiendo no solamente inglés, sino la lengua que vamos a traducir; tengo que aprender nuevos programas en computadoras, aprender más acerca de la lingüística y, entre otras cosas, el apoyo económico no me ha faltado. Dios es fiel. Y concluyo con lo si-

² Capítulos 13 y 14 del libro de Números

guiente: Que la traducción bíblica y la alfabetización es una tarea sumamente significativa porque sus resultados redundan en la eternidad.

15

TRABAJANDO CON UN GRUPO DE CREYENTES EN SANTADER

Sergio nació en la ciudad de Guatemala, en un hogar Católico Romano en 1951. Es el segundo de ocho hermanos, seis de los cuales están en la obra del Señor a tiempo completo. Viviendo en la ciudad de Antigua Guatemala, poco después de que su madre confiara en Cristo como su Salvador personal, Sergio y dos de sus hermanas invitaron también al Señor a sus vidas, a través del ministerio de don Pablo y doña Ruth Philipii, misioneros de la entonces Misión Centroamericana.

Al poco tiempo de la salvación de la madre y los tres hijos mayores, la familia dejó de ir a la iglesia debido a la oposición del padre. Sergio creció en un hogar donde la oración, el escuchar programas evangélicos en la radio y leer la Biblia estaban prohibidos. No obstante, su madre se esforzó por inculcar a sus hijos lo poco que aprendió durante su corto discipulado.

Cuando Sergio tenía veinte años de edad, empezó a ir a la iglesia a través del ministerio de Emmett y Donna Wilson, misioneros en la ciudad de Guatemala con la Misión Bautista Internacional. Habiendo crecido en un medio ambiente secular, el contacto con la iglesia, los creyentes, y especialmente el escuchar la Palabra, hicieron un impacto decisivo. Sergio resolvió dejar los estudios en la Universidad de San Carlos e ingresar al Seminario Teológico Cen-

troamericano en 1972. Simultáneamente, se involucró de lleno en el trabajo del evangelismo, la enseñanza de la Biblia en la escuela pública y en el inicio de iglesias.

En esta última labor colaboró con la Misión Bautista Internacional por siete años, en cuatro distintos esfuerzos. Tres en la ciudad de Guatemala y uno en la ciudad de Antigua Guatemala. El esfuerzo en Antigua Guatemala no cristalizó y fue abandonado después de un año. Los tres en la ciudad de Guatemala son hoy iglesias consolidadas. La Iglesia Bautista Internacional, en la zona 18; la Iglesia Bautista, en la zona 21 y la Iglesia Bíblica Jesús, en la zona 11. Sergio estuvo involucrado en la consolidación únicamente de la última, donde trabajó hasta 1979.

Miriam nació en una familia evangélica presbiteriana en Monterrey, México, en 1952. No puede recordar una fecha en la que no haya creído en el Señor Jesucristo. No obstante, hizo un compromiso con el Señor con más entendimiento cuando tenía 15 años de edad. Durante sus estudios en la Universidad Autónoma de México, donde se graduó como Químico-Fármaco-Biólogo, estuvo activamente involucrada en estudios bíblicos evangelísticos. Al terminar sus estudios universitarios, fue aceptada por los Traductores Bíblicos de Verano (Wicliffe). Para cumplir el requisito de un año de estudios de la Palabra, fue al Seminario Teológico Centroamericano en Guatemala en 1976. Allí conoció a Sergio. Se casaron en 1978.

Sergio y Miriam continuaron sirviendo en la entonces Misión Bautista El Mirador hasta el año 1979, cuando Sergio aceptó la posición de maestro en el entonces Instituto Bíblico Guatemalteco, en Chimaltenango, Guatemala. En Chimaltenango nació Zurisadday, la primera de sus hijas. Sirvieron al Señor en ese lugar hasta 1982, cuando el Señor abrió la puerta para que Sergio profundizara sus estudios en el Seminario Teológico de Dallas, Texas. Amisadday, la segunda de las dos hijas, nació allí.

En 1993, cuando se preparaban para regresar a Guatemala para que Sergio enseñara en el Seminario Teológico Centroamericano, el Señor los guió a ir como misioneros a España con CAM Internacional. Uno de los elementos que el Señor usó en la toma de esta decisión fue el enterarse de que la necesidad espiritual de España era 200 veces mayor que la de Guatemala.

Sergio y Miriam viajaron durante un año y medio setenta mil kilómetros por tierra con las dos hijas pequeñas. Visitaron setenta iglesias en Guatemala, México y Estados Unidos, compartiendo su testimonio y llamamiento misionero. En julio de 1985 llegaron a Bilbao, en el norte de España, para ser asistidos por Carlos y Bárbara Prather en el proceso de transición y adaptación al nuevo ministerio y cultura.

Al finalizar el año de orientación, aceptaron la invitación de Evangelismo en Acción, una asociación evangelística española vinculada a las Asambleas de Hermanos, para hacerse cargo de un grupo de creyentes en la ciudad de Santander. Evangelismo en Acción había lanzado esfuerzos evangelísticos masivos en esta ciudad capital de la provincia de Cantabria, en la costa norte de España. Santander tiene alrededor de 200 mil habitantes y es conocida como una de las ciudades más conservadoras y tradicionalistas de España.

El grupo de creyentes, cuyo núcleo fiel se reducía a cinco personas, se reunía ya en el mismo local rentado, en el que todavía lo hacen. De esos cinco creyentes, el primer año perdieron cuatro. Uno, por traslado a otra ciudad, dos por cambio a otra iglesia, y uno por enfermedad. No obstante, el número de los que asisten a las reuniones ha sido en general creciente, aunque el crecimiento ha sido lento y los frutos visibles de la tarea evangelística, magros.

Hacia 1998, el grupo de hermanos que se reunían en el Centro Evangélico había llegado a cuarenta y cinco. Ese año, el grupo sufrió la dolorosa pérdida de veinte creyentes. Como los que se fue-

ron no lo hicieron en los mejores términos, los que quedaron fueron profundamente afectados. Los años desde entonces hasta ahora han sido, en muchos sentidos, de recuperación. Actualmente los asistentes a la reunión dominical oscilan entre los treinta y cinco y los cuarenta.

Hasta hace pocos años, el ministerio de la iglesia recaía, casi en su totalidad, sobre Sergio y Miriam. Varios intentos se hicieron en el pasado para delegar responsabilidades en manos de los hermanos de forma progresiva. Por una o varias razones, los ministerios fueron devueltos, y hubo necesidad de seguir esperando un mejor momento para volver a delegar. No obstante, en el área del evangelismo, una ayuda importante fue recibida en la persona del hermano Francisco Aparicio. Él llegó a Santander en 1991. Había confiado en la suficiencia de la obra de Cristo para salvación en Suiza, donde trabajó por muchos años. Desde entonces ha servido con fidelidad ejemplar en esa área.

Durante los 20 años en España, Sergio y Miriam han regresado a visitar a las iglesias y a los hermanos que los apoyan. Debido a la dificultad de hallar quienes los sustituyan en el ministerio de la iglesia, las visitas a las iglesias fueron la primera y la segunda vez, a los cinco años. Luego fue a los cuatro años, los dos años y los tres años. Las ausencias del campo han sido siempre por cuatro meses, excepto la última, que se extendió por un año completo, de 2003 a 2004. El propósito de esta ausencia más prolongada fue, en parte, dar una oportunidad más amplia para desarrollarse como líderes a dos hermanos. Ellos quedaron como responsables de la obra, bajo la supervisión de Gerardo Parkerson, misionero de CAM y coordinador de la obra de EEA en el Norte. Las distintas responsabilidades de los ministerios quedaron distribuidas entre muchos miembros de la congregación.

Al volver a España, en mayo de 2004, Sergio y Miriam han ido a vivir a Nestares, Cantabria, a setenta kilómetros de Santander.

El deseo era de estar menos involucrados en el ministerio en Santander y empezar a desarrollar contactos con vistas al inicio de una iglesia en el área de Reinosa, al lado de Nestares. Pero las cosas no han ido de la manera anticipada. Una vez más, por distintas razones, los ministerios han sido devueltos a Sergio y Miriam, en medio de diversas crisis personales y familiares de los hermanos.

Esta vez, sin embargo, un cambio se ha producido. Los hermanos han descubierto qué pueden hacer y qué no, y quieren participar más en la iglesia. El hecho de que Sergio y Miriam sigan viviendo lejos de Santander ha animado a los hermanos a ir tomando los ministerios en alguna medida. Pero todavía la participación de los misioneros en el Centro Evangélico es plena y el desarrollo de contactos en Reinosa/Nestares progresa muy lentamente.

Además de la obra del inicio de una iglesia, a lo largo de los años Sergio ha enseñado en distintas escuelas de capacitación bíblica en Bilbao. También enseñó por unos 10 años cursos intensivos en el Instituto Bíblico y Seminario Teológico de España en Casteldefels, Barcelona. Principalmente durante el verano, Sergio enseña la Palabra en campamentos de jóvenes. Además de su ministerio de enseñanza y discipulado a las mujeres y a los niños en la iglesia, durante el año escolar, Miriam enseñó clases de Religión Evangélica en escuelas públicas en Santander por 16 años consecutivos.

Zurisadday y Amisadday han ido a estudiar a los Estados Unidos al terminar la escuela secundaria. Durante el tiempo que vivieron con sus padres, su participación en el ministerio del Centro Evangélico fue plena. Colaboraron activamente en el área de la música, la enseñanza de los niños y los adolescentes en la escuela dominical y apoyo general y decisivo al ministerio de la iglesia. Probablemente lo más duro en estos veinte años en España ha sido el verlas partir.

Después de haber trabajado en el inicio de iglesias en Guatemala, llegar a España ha sido un cambio muy grande. Meditando en algunas de las razones para el lento crecimiento de la iglesia evangélica en Santander, algunos factores parecen evidentes: (1) la desconfianza y los prejuicios; (2) debido a la libertad religiosa, España ha sido invadida no sólo por misioneros evangélicos, sino por toda clase de sectas y los españoles están confundidos y temerosos; (3) el materialismo y el consumismo; (4) la hipocresía: muchos se sienten justificados para rechazar a Dios debido a alguna inmoralidad de la que conocen de personas relacionadas con la iglesia; (5) el eclecticismo: el énfasis ecuménico del II Concilio Vaticano ha resultado en que muchos se sienten con el derecho a creer lo que quieran y seguir dentro de la ICR; (6) el ostracismo: muchos de los que deciden definir su lealtad por Cristo, tienen que pagar un alto precio en términos de ruptura de relaciones familiares y sociales; (7) la tradición: para muchos todavía ser español es ser católico; y finalmente, (8) el mismo modo de ser de los españoles hace difícil que se integren en una iglesia, debido al individualismo.

No obstante, desde hace pocos años, las iglesias evangélicas en España están creciendo. Pero no tanto porque los españoles se estén convirtiendo, sino porque están llegando inmigrantes de Europa del Este y de América Latina, con mayor receptividad a las cosas del Señor.

Viendo retrospectivamente, Sergio cree que el haber llegado a España hablando el mismo idioma ha resultado en una menor adaptación cultural de su parte. El error ha sido al asumir que hablar el mismo idioma significa compartir la misma cultura. Ha habido una menor urgencia a trabajar en esta área, si su experiencia es comparada con la de los hermanos que han llegado hablando un idioma distinto y que han tendido que trabajar duro en el dominio del español.

16

NUESTRA EXPERIENCIA CON LOS KON-KOMBA

Desde 1994 hemos estado trabajando para alcanzar parte de los bimonkpeln, una rama de la tribu konkomba, en el área Koni del Noreste de Ghana en África. Fuimos enviados por WEC, en colaboración con la Iglesia Presbiteriana de Brasil, donde pudimos ver la bendición del Señor en el ministerio.

Más de diez iglesias nacieron en nuestra área durante los primeros cinco años. Otras once nacieron cinco años después. El crecimiento rápido de la iglesia en el área Koni está teniendo un tremendo impacto en la cultura, lo cual ha dejado a los brujos perplejos y avergonzados, transformando a la sociedad tribal de acuerdo a los estándares del evangelio y resultando en el envío de evangelistas nativos hacia otros lugares.

La iglesia no siempre ha sido victoriosa y alegre a lo largo de su jornada durante los últimos años. Ha habido momentos de tristeza, derrotas, problemas entre los líderes y casos de indisciplina. También, los errores que como misioneros hemos cometido eran evidentes y estamos seguros de que en el futuro cercano surgirán más.

Sin embargo, se siguieron algunas pautas durante este tiempo de plantación de iglesias, que creo que podrían ser de ayuda:

Apoyo en oración

La gracia del Señor ha sido tanta que pudimos tener un buen apoyo de oración desde el principio, por parte de algunos segmentos de la iglesia brasileña. Hasta ahora, tenemos 460 grupos pequeños de oración que interceden por la iglesia konkomba en el área de Koni. También, en el campo de Ghana de WEC pudimos percibir que el ministerio solía avanzar más rápidamente cuando orábamos los unos por los otros. Otro punto que debemos resaltar es que la Iglesia Evangélica de Ghana (ECG por sus siglas en inglés), establecida por WEC en Ghana, es una iglesia de oración y muy a menudo el promover la plantación de iglesias obtiene gran atención en las reuniones de oración locales, alrededor del país.

Estudio de la cultura

Antes que nada, necesitamos entender el universo religioso de la tribu. En la cosmovisión konkomba, no hay distinción entre religioso y no religioso, sagrado y secular, espiritual y material o cuerpo y alma. Lo «religioso» está presente en todas las variadas expresiones de vida: trabajo, comida, guerra, procreación y descanso. Nacer en la sociedad konkomba significa seguir una serie de rituales y ceremonias que son parte integral de la vida de la tribu y de la supervivencia. No hay ateos. Todos creen en los espíritus, en el mal y en lo amoral –ya que no hay buenos espíritus; en los fetiches representados por montañas, árboles, rocas e incluso los hechos por manos; en los ídolos hechos de madera o piedra; en los tótemes generalmente representados por varios animales; en Satanás –«*Kininbon*» señor de todos los espíritus malos; y en las almas de los ancestros que demandan respeto y sacrificios como un medio de evasión de castigo. Paralelo a ese gran universo de maldad, todos ya han escuchado algo acerca de *Uwumbor*, un dios antiguo, de eras pasadas y sueños distantes que ya no se relaciona con la gente. Se dice: «*Uwumbor* ya no quiere ser dios entre la tribu debido a una ofensa perversa que

nuestros antepasados cometieron», pero la historia ha estado perdida desde hace mucho tiempo.

Por lo tanto, la introducción del evangelio fue presentada basándose en tres pilares: Dios (*Uwumbor*) es más fuerte que Satanás (*Kininbon*). Dios nunca estuvo lejos y quiere que la tribu lo conozca a través de su hijo Jesús. Los valores de Dios están basados en el amor, la misericordia y el perdón, y puede dar satisfacción en la vida.

Plantación deliberada de iglesias

Creemos que ningún ministerio va más allá de su visión, por lo tanto, la plantación de iglesias debe ser un proceso deliberado y no por casualidad. Las metas y estrategias deben estar claras antes de que comience el trabajo. También creemos que debe haber un objetivo general establecido y no sólo el de plantar una iglesia. Eso nos hizo invertir la mayoría de nuestro tiempo haciendo discípulos y tuvimos en mente salir, incluso antes de que se iniciara el ministerio.

Formación de una identidad eclesial

Sentimos que esos primeros años de consolidación fueron vitales para el establecimiento de la identidad cristiana entre el universo *konkomba*. Por lo que en nuestra enseñanza en el contexto de «iglesia» buscamos enfatizar términos generales como:

- La iglesia, como comunidad de los redimidos, fue creada por Dios y le pertenece a Dios.
- La iglesia no es una sociedad que enajena; los que han sido redimidos por Cristo siguen siendo hombres y mujeres, padres, hijos, agricultores y pescadores que respiran el evangelio dondequiera que estén;
- La iglesia no es una comunidad en aislamiento; somos llamados a ser santos dentro el mundo y no fuera de él;
- La iglesia es una comunidad sin fronteras, y por lo tanto es misionera;

- La vida de la iglesia, juntamente con la palabra, es un gran testimonio para el mundo perdido. Es necesario que prediquemos un evangelio que hace sentido, tanto dentro como fuera del templo;
- la misión más importante de la iglesia es glorificar el nombre de Dios;
- la vida y pensamiento de la iglesia deben estar centrados en la palabra de Dios. La palabra nunca se contradice a sí misma ni la acción de Dios en la iglesia.

Involucrando a la iglesia en el trabajo social

La excavación de pozos, la apertura de caminos, la construcción de una clínica y una escuela también mejoraron la calidad de vida de la tribu, por lo que la iglesia fue percibida como una comunidad extensa que tiene un propósito, tanto dentro como fuera de su edificio. Sin embargo, ahora el reto de que todos los proyectos sean autosostenibles todavía está en proceso.

Involucrando líderes laicos locales en la «escena»

Involucrar a obreros locales en un ministerio de plantación de iglesias es un buen y conocido consejo misionológico. Aun más importante, creemos que es pasarles la visión. Los visionarios tienen una motivación más alta que los seguidores.

Respuestas teológicas a preguntas culturales

Pudimos identificar algunas preguntas culturales relacionadas a la comunidad y desde el inicio, la iglesia empezó a promover respuestas teológicas.

Nacimiento

Después de un año, al niño se le da un nombre, seguido por un análisis complejo de los eventos que rodearon el nacimiento. La iglesia empezó a darle nombre a los hijos de padres cristianos durante una reunión especial, y los nombres, culturalmente aceptables, inmedia-

tamente empezaron a reflejar lo que Dios estaba haciendo entre ellos al momento en que el niño estaba naciendo.

Matrimonio

Culturalmente, no existe tal cosa como ceremonia de matrimonio entre los konkomba, y esto encaja perfectamente con su concepto tribal del tiempo como cíclico y no lineal. La iglesia empezó a llevar a cabo servicios de bodas, durante los cuales se invocaba la bendición del Señor para la familia nueva, según la misma perspectiva cultural cíclica. Todo el proceso se dividió en partes culturalmente aceptables.

Funeral

Morir a una edad madura avanzada, con muchos hijos y una gran cantidad de gente danzando en tu funeral es el sueño de todo konkomba. Para poder preservar esto, la iglesia adoptó un procedimiento para el funeral, en el cual no se practican los valores fetichistas, pero se mantiene la esencia cultural. En lugar de canciones antiguas en las que se invocan a los fetiches, ocasionalmente, la iglesia compone canciones nuevas que glorifican el nombre del Señor y hablan de la realidad de la vida con Dios, después de la muerte del creyente.

Fiesta de los ñames nuevos

Justo después de cosechar los ñames nuevos, hay una fiesta con un énfasis demoníaco tremendo, durante la que normalmente ocurre posesión demoníaca colectiva y bajo el liderazgo de un grupo de brujos de la región. La iglesia sugirió que los creyentes llevaran las primicias de sus cosechas (ñames) para que se hiciera oración en un servicio especial, donde se agradece al Señor por la cosecha y se ora por el cultivo.

Ofrendas

Antes de que nosotros llegáramos, era usual que dieran ofrendas a los brujos, sanadores y magos (shamanes) del pueblo. Así que no fue difícil para los creyentes aceptar la idea de dar diezmo para el Señor.

Ellos llevan sus ofrendas periódicamente, según la cosecha o el nacimiento de animales, en forma de ñames, yucas, maíz, pollos, cerdos y también dinero.

Conclusión

Contextualizar el evangelio es traducirlo de tal forma que el señorío de Jesucristo sea entendido en su propio contexto y vida. Para lograrlo, es posible que sea necesario que observemos algunos criterios de comunicación del evangelio:

1. Toda la comunicación del evangelio debe estar basada de antemano en los principios bíblicos y no debe guiarse meramente por las culturas, tanto del comunicador como del receptor, ya que entendemos que la Biblia es aplicable transculturalmente y definida supraculturalmente.
2. La comunicación del evangelio tiene el propósito de ver a la iglesia construida en un universo cultural nuevo, autóctono. La iglesia local debe verse a sí misma como la Iglesia de Cristo en su expresión local. También, la iglesia debe ser autóctona en su autofuncionamiento e interacción de unos con otros. Así mismo, debe tener una capacidad autodeterminante.
3. La comunicación del evangelio puede ser una actividad hecha en términos de observación, estudio, aplicación y evaluación del mensaje, dentro de un marco cultural en el que estamos asociados. El resultado de esto debería ser que la sociedad local se acerque al evangelio que hace sentido en su universo, que adora al Hijo de Dios que habla su lenguaje y que responde a sus preguntas.